

BOLSILIBROS

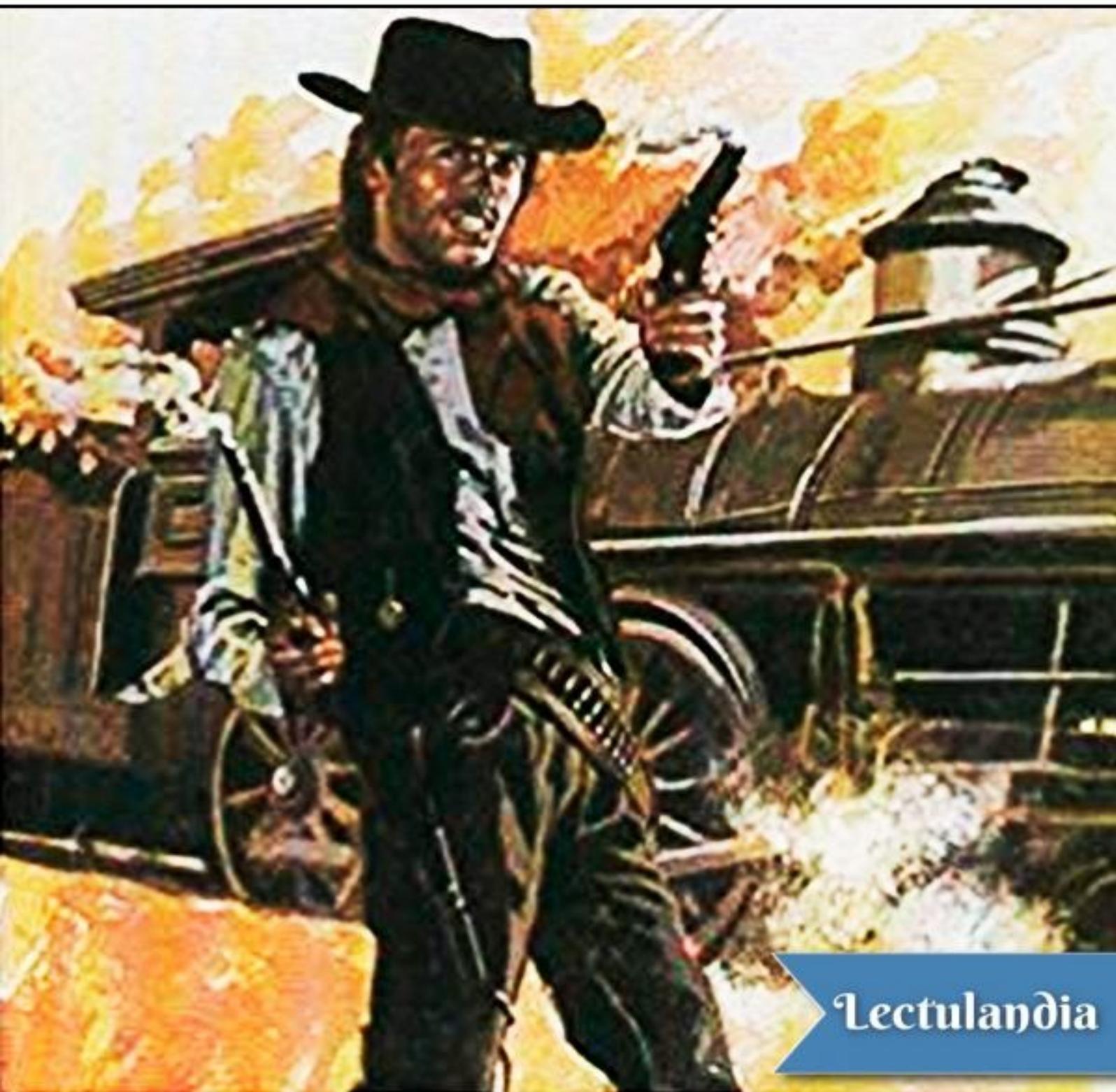
Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

EL TREN DE WICHITA FALLS



Lectulandia

El tren de Wichita Falls salía de Amarillo a primera hora de la mañana, y solía llegar, salvo imprevistos, que los había con cierta frecuencia, al anochecer a Wichita Falls. Aquí, en Wichita Falls, los viajeros descansaban del largo viaje. Todo un día metido en un tren que emplea no menos de doce horas en recorrer apenas doscientas treinta millas no es precisamente divertido.

Lectulandia

Lou Carrigan

El tren de Wichita Falls

Oeste Legendario - 75

ePub r1.0

Titivillus 25-05-2019

Título original: *El tren de Wichita Falls*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EL TREN DE WICHITA FALLS

LOU CARRIGAN

El tren de Wichita Falls salía de Amarillo a primera hora de la mañana, y solía llegar, salvo imprevistos, que los había con cierta frecuencia, al anochecer a Wichita Falls. Aquí, en Wichita Falls, los viajeros descansaban del largo viaje. Todo un día metido en un tren que emplea no menos de doce horas en recorrer apenas doscientas treinta millas no es precisamente divertido.

En Wichita Falls terminaba su viaje el tren que había salido de Amarillo, y descansaba todo el que había participado en dicho viaje. Algunos, al día siguiente tomarían el tren allí mismo, en Wichita Falls, pero éste ya no era el tren de Wichita Falls, porque no iba a Wichita Falls, sino que se marchaba de Wichita Falls. Así pues, era otro tren.

El tren de Wichita Falls pertenecía a la Texas Railroad, y era muy conocido. Su llegada era todo un espectáculo, porque siempre llegaba gente de lo más variopinto. A fin de cuentas, Wichita Falls empezaba a ser ya una ciudad importante, y había mucha gente que tenía que visitarla, por diversas causas, desde los simples asuntos familiares a negocios que podían llegar a ser muy importantes.

Desde que salía de Amarillo por la mañana temprano el tren de Wichita Falls pasaba, aparte de por otras menos importantes, por las siguientes localidades de cierta significación: Claude, Clarendon, Memphis, Childress, Herg, Vernon y Electra. En cualquiera de ellas, como el tren paraba unos minutos, los viajeros podían aprovechar para dar unos paseos por el andén, comprar tabaco o una botella de *whisky*, y en cualquier caso, romper durante unos minutos la monotonía del viaje.

En conjunto, nunca ocurría nada. Pequeños incidentes que servían apenas para, que los viajeros tuviesen de qué charlar durante unos minutos, lo que era preferible a dormirse, porque en ocasiones dormirse significaba despertar empapado en sudor y rebozado en hollín. El viaje era siempre tan rutinario y normal que más valía tomárselo con filosofía. Incluso, ni siquiera el terreno disponía de accidentes que dieran una cierta emoción. Por ejemplo, habría sido estupendo poder ver miles de bisontes, o indios cabalgando, o grandes cañones, o cruzar montañas selváticas llenas de osos... Nada. Nada de nada. Todo lo más, de cuando en cuando, se veía el Red River o cualquiera de sus afluentes, que se deslizaba más o menos paralelamente a la vía férrea.

O sea, nada que contar del viaje, ningún imprevisto, ninguna emoción, ningún incidente o accidente.

Es decir...

Bueno, sí, había un pequeño accidente en el terreno, que consistía, pura y simplemente, en cruzar sobre el río, por un puente, cerca de Vernon. Unas treinta millas al oeste de Vernon había dos pequeños ríos, cuyos nombres eran North Pease y South Pease, los cuales, en determinado momento, se juntaban, para convertirse en un solo afluente del Red River, al que iban a parar más allá de Vernon.

El puente en cuestión había sido construido cuando ya se habían juntado los dos Pease, formando uno solo que, en determinado lugar, casi, era un feroz torrente. Su amplitud alcanzaba allí unos cuarenta metros, por lo que el tren no cabía entero en el puente, considerando que nunca constaba de menos de ocho vagones y la locomotora.

De esos ocho vagones, el furgón llevaba el correo y mercancías. Los otros siete, pasajeros, el promedio de los cuales en cada viaje del tren de Wichita Falls era de unos doscientos cincuenta.

Es decir, que aquella tarde, ya cerca de Vernon, el tren transportaba, como siempre, unas doscientas cincuenta personas que estaban deseando llegar de una vez a Wichita Falls y terminar la aburrida experiencia... Pero aquella tarde de un día de setiembre de 1878, ocurrió algo insólito, por fin: el tren se detuvo en el puente sobre la corriente unida de los dos ríos Pease. No todo el tren, porque no cabía, como se ha dicho. Pero sí la parte central del tren. Pasó la locomotora, y cuando apenas había dejado atrás el puente, se detuvo. De este modo, los vagones dos al cuatro quedaron en pleno puente, a unos treinta metros sobré la corriente de agua que refulgía al sol de la tarde.

Por primera vez en su corta historia sucedía algo insólito en el tren de Wichita Falls.

CAPÍTULO I

El telegrafista de la estafeta de Wichita Falls de la Western Union Telegraph estaba ya más que mosqueado con aquellos dos individuos que se habían instalado allí como si fuese su casa desde hacía más de media hora. Le parecía muy bien que estuvieran esperando un telegrama, pero no tenían por qué estar allí, mirándole con aquella guasa que le parecía diabólica y perversa, y hasta cosas peores.

¡Menudo par de desgraciados! Sucios, sin afeitar, con los dientes más sucios que el culo de una mula, llenos de polvo... Pero allá estaban. Nada más entrar le habían dicho:

—Oiga, amigo, somos Norton y Craig. Pronto llegará un telegrama para nosotros procedente de Vernon, así que esté al cuidado.

—Siempre estoy al cuidado de mi trabajo —había replicado el telegrafista.

—Mejor para usted —le replicaron.

Y el telegrama en cuestión llegó por fin. Era chocante que desde Vernon enviaran un telegrama simplemente a nombre de Norton y Craig, pero, como el telegrafista receptor en Wichita Falls ya sabía de qué iba, el problema no existía. En cuanto al telegrama, no podía ser más breve ni desconcertante; desconcertante para el telegrafista, claro está, que no para Norton y Craig.

El texto del telegrama era el siguiente:

«ESTA HECHO»

Un texto que había dejado perplejo al telegrafista, pero que hizo sonreír muy satisfechos a Craig y Norton.

—Vaya, ¿qué te parece? —comentó Norton, que era el más rubio—. Ya está la cosa en marcha.

—No podía fallar —dijo Craig.

Sin acordarse ya del telegrafista ambos abandonaron la estafeta y salieron a la calle Mayor de Wichita Falls, que estaba posiblemente en su momento de máxima animación: todavía estaban abiertos los comercios, el sol ya iba de baja, y las cantinas y lugares de recreo iniciaban su actividad más lucrativa.

Carros, calesas, tálburis, jinetes, gente a pie... Movimiento por todas partes, mucha gente: Algún día Wichita Falls sería una ciudad verdaderamente importante.

—Ji, ji —rió Norton.

—¿De qué te ríes? —preguntó Craig.

—¿De qué quieres que me ría? ¡De la que vamos a armar! ¡Ji, ji!

—No veo a Peter por aquí.

—Seguro que él nos está viendo a nosotros... Míralo, por allí viene. Es de los que no se distraen, hombre.

Los dos miraban hacia el hombre que convergía hacia ellos caminando pausadamente: Peter Codeman. Alto, delgado, todo fibra, debía tener unos treinta años, llevaba dos revólveres, y si había que juzgar a las personas por su mirada había que llegar a la conclusión de que el tal Peter Codeman era una auténtica víbora perversa.

Se reunió con ellos casi en el centro de la calle, mostrando en su rostro un gesto interrogante.

—Está hecho... —dijo Norton—. ¡Ji, ji!

—Bien... —sonrió Codeman—. Bien.

Terminaron de cruzar la calle los tres, formando una cuña cuya punta la ocupaba Peter Codeman. Llegaron a la otra acera, la subieron, y se plantaron los tres frente a la oficina del *sheriff*. Allí, por un momento, Craig torció el gesto. La idea de enfrentarse al *sheriff* Uriah Nash, después de haber oído contar algunas cosas de él, no le hacía mucha gracia. Vamos, ni mucha ni poca: ninguna.

Pero Peter Codeman no tenía tantos remilgos, así que, simplemente, entró en la *Sheriff's Office*, cuyo titular, desde hacía más de un año, era Uriah Nash.

Y allá estaba Uriah Nash, sentado tras su mesa, con un cigarrillo en los labios y haciendo unas anotaciones en una pequeña libreta. Alzó la mirada, pareció retratar de un solo vistazo a los tres visitantes, y se quedó mirándolos en silencio. Peter Codeman se plantó ante él, sonrió aviesamente, y dijo:

—Tenemos el tren de Wichita Falls.

Uriah Nash parpadeó. Simplemente eso. Despacio, tranquilo, sin inmutarse en absoluto. Su rostro parecía de piedra, y sus grandes ojos alargados, de un gris metálico, parecían haberse paralizado, fijos en Codeman ahora. Fijos con una fijeza escalofriante. Uriah Nash estaba a punto de cumplir treinta y cinco años, llevaba bastante largo el rubio cabello rizado, y tenía una pequeña cicatriz en el lado derecho de la barbilla. Entre unas cosas y otras resultaba impresionante: era delgado, pero parecía de acero; llevaba un

solo revólver, pero ya todos en Wichita Falls sabían que lo utilizaba muy bien; nunca se enfadaba, pero meterse con él era cosa de locos.

—¿Quiere decir que han asaltado el tren? —preguntó, con una serenidad que incluso inquietó a Peter Codeman.

—No. Quiero decir que lo tenemos. Acaba de llegarnos un telegrama diciéndonos que todo ha salido bien.

—¿Qué es lo que ha salido bien?

—Unos amigos nuestros subieron al tren en Memphis, y después de Herg se fueron a la locomotora y amenazaron a los maquinistas. Ahora les han obligado a detener el tren sobre el puente que hay poco antes de llegar a Vernon viniendo de Amarillo. Hay tres vagones en el puente. Si alguien hunde ese puente los tres vagones caerán al cañón desde treinta metros arrastrando con su peso el resto del tren.

—¿Y quién podría hundir ese puente?

—Otros amigos nuestros —sonrió Codeman—, que están en un sitio adecuado esperando instrucciones. Si es necesario encenderán las mechas de las cargas de dinamita que ya están colocados en los pilares del puente, y éste se vendrá abajo.

Lenta, muy lentamente, la gris mirada de Uriah Nash se fue desplazando para mirar de uno a otro sujeto mientras asentía igualmente despacio con la cabeza. Por fin murmuró:

—¿Y por qué vienen a contarme eso a mí?

—Porque no queremos que nos complique la vida... ni se la complique usted. Nos hemos enterado de que tiene muy mala uva, y preferimos advertirle que se la guarde. Es más: queremos que sea usted quien nos relacione con las personas que nos interesan de este lugar. Si usted colabora en que todo nos salga como pretendemos, todo terminará bien, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Qué tengo que hacer?

—Queremos todo el dinero de todos los bancos que hay en Wichita Falls. Usted nos va a ir acompañando para decírselo así a los diferentes directores de banco y hacerles entender la conveniencia de complacernos. O nos complacen o dinamitamos el puente que sostiene el tren de Wichita Falls.

—Es un buen golpe —dijo Uriah Nash.

—¿Verdad que sí? —sonrió Codeman, mostrando sus dientes blancos y agudos.

—Pero tal vez tengan dificultades: los banqueros no sueltan tan fácilmente sus dineros.

—Por eso queremos que intervenga usted: hágales comprender lo real de la situación, hágales ver que si no nos dan lo que pedimos ese tren con más de doscientas cincuenta personas se hundirá en el abismo. Y no sólo queremos el dinero, sino una docena de caballos, dos calesines y provisiones de toda clase y en abundancia.

—¿Para escapar a uña de caballo con el dinero hacia el Norte, hacia Oklahoma?

—No se las dé de listo, *sheriff*. Simplemente, apoye nuestros propósitos, o que todos se atengan a las consecuencias. Le hemos elegido para que nos apoye porque sabemos que usted es listo y nada nervioso. Tiene que arreglárselas para que nadie pierda la serenidad, ¿está claro?

—Desde luego. Bueno, tendremos que empezar a hacer algo cuanto antes, supongo. ¿Cuándo quieren el dinero?

—Ya.

—Eso no va a ser fácil. Hay algo que ustedes no han tenido en cuenta, y es la hora: en estos momentos casi todos los bancos han cerrado ya, lo que significa que tendremos que ir en busca de los respectivos directores casa por casa. Algunos viven fuera de Wichita Falls... Bueno, debieron hacer las cosas una hora antes.

—Una hora antes el tren no había llegado todavía al puente —gruñó de mal talante Codeman.

—De acuerdo, pero tómense el asunto con calma... Estoy dispuesto a facilitarles las cosas, pero sólo si ustedes también se comportan con calma. ¿Me explico?

—Se explica..., pero queremos todo el dinero y cuanto antes.

Uriah Nash movió la cabeza, se puso en pie, y se encaminó al perchero, donde estaba su sombrero, que se puso. Al volverse captó las miradas de los tres forajidos fijas en él, y sonrió, tocándose el revólver que pendía muy bajo sobre su muslo derecho.

—Si quieren me dejo el revólver en la oficina, pero si la gente del pueblo me ve con ustedes y desarmado tal vez piensen cosas que no nos convienen a nosotros ahora.

—Está bien, pero en cuanto usted intente...

—Oiga, deje de amenazarme —le cortó fríamente Uriah—. Ya he comprendido la situación, he dicho que les apoyaré para conseguir ese dinero, y en eso estoy..., pero no me amenacen ni me fastidien más.

—Si a cualquiera de nosotros tres le ocurre algo ese tren caerá al barranco.

Uriah hizo un gesto de fastidio, y se dirigió hacia la puerta. En el porche saludó a un par de vecinos, que miraron con desconfiada curiosidad a Codeman y los otros dos, pero eso fue todo. Uriah echó a andar, y Codeman se colocó a su lado; Craig Davies y Norton Wayle caminaron detrás de ambos.

—¿Qué piensa hacer en primer lugar? —inquirió Codeman.

—Vamos a ver al señor Mac Intire. Es el director del Texas Bank Union, el más importante de Wichita Falls, y además el presidente de una agrupación de banqueros que está funcionando hace poco. Es el hombre más apropiado para arreglar las cosas a gusto de ustedes.

—Estupendo —sonrió Codeman.

Uriah le dirigió una mirada de reojo, y continuó caminando. Pocos minutos después se detenía frente a una casa sita en la calle Mayor, pero ya un poco alejada del centro, donde había más cantinas y saloons. Había una valla pintada de blanco como protegiendo, al menos simbólicamente, un estrecho jardín florido en el que había dos enormes robles, uno de los cuales daba sombra al porche en aquel momento de rojo atardecer. Talmente parecía que por el cielo se hubiera desparramado una enorme mancha color yema de huevo, cuya tonalidad se reflejara con intensidad aumentada hacia la tierra.

—Vaya casa —masculló Codeman.

—Usted espere aquí.

—Nada de eso, amigo. ¡Yo no...!

—Usted va a esperar aquí —se encaró Uriah con Codeman—. Y deje de fastidiarme.

Lo dejó allí plantado, empujó la puertecita de madera sujeta a la blanca valla, y se adentró por el corto sendero hacia el amplio porche de la casa, que, ciertamente, era magnífica. Amplia, de dos pisos, pintada de blanco, con elegantes cortinas en las ventanas... En el porche había dos mecedoras, una mesita, y, al otro extremo, un sofá-columpio forrado de cretona floreada.

Uriah Nash se pasó la lengua por los labios, aspiró hondo, y llamó a la puerta de la casa del banquero más importante de Wichita Falls. Casi enseguida le abrió la puerta una criada, que se sobresaltó un instante ante la impresionante presencia del gigantesco *sheriff* y enseguida sonrió.

—Buenas tardes, Sarah. ¿Está el señor Mac Intire?

—No, no señor:

—Ah. Vaya, tal vez está todavía en el banco trabajando en su despacho...

—Me parece que no. El señor Mac Intire se fue esta tarde apenas cerró el banco.

—¿Sabe si tardará en volver?

—Me parece que bastante, porque salió de viaje... Será mejor que le pregunte a la señorita Rebecca. Pase, por favor, *sheriff*.

Uriah se quitó el sombrero y entró en la casa. La criada cerró la puerta, y le señaló un lado del amplio vestíbulo. Uriah titubeó, pero acabó por aceptar entrar en la sala de recibo de la casa. Había estado en ésta muy pocas veces, y no se podía decir que mucho rato, siempre apenas un minuto...

—Avisaré a la señorita Becky —dijo Sarah—. Está en la cocina.

—Está bien —murmuró Uriah.

Entró en la sala, casi suntuosa: alfombras, libros, cuadros, buenos muebles y cortinajes, hermosos quinqués pintados, un aparador... Desde las dos ventanas de la sala se veía el jardín y las ramas bajas de los robles. Se acercó a la ventana, miró hacia la calle, y vio a Codeman y los otros dos, esperando, ceñudos. Bonita situación. No era, ciertamente, la más adecuada para resolverla a tiros...

—¿Quería usted verme?

Uriah Nash tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para contener el estremecimiento en todo su cuerpo. Se volvió hacia la puerta de la sala, donde estaba Rebecca Mac Intire, la hija única de Orson Mac Intire. Sin duda había estado en la cocina, pero se había quitado el delantal y se había lavado las manos, apareciendo como aparecía siempre en cualquier momento y situación: como una señorita de alta clase y segura de sí misma Alta, pelirroja, de ojos oscuros y boca roja y llena, su reluciente piel aparecía salpicada de pecas que, dicho lisa y llanamente, tenían loco al *sheriff* Nash. Bueno, las pecas y lo que no eran las pecas, porque la señorita Mac Intire no tenía desperdicio. Era tan hermosa y resplandeciente que cualquier hombre se podía quedar sin aliento mirándola. Veinticinco años de hermosura de la vida.

—En realidad he venido a conversar con su padre —dijo con tono claro y casi frío Uriah—, pero Sarah dice que ha salido de viaje... ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Es algo urgente?

—Sí.

—Pues lo veo difícil, porque papá ha ido a resolver unos asuntos a Seymour. Le dije que era mejor que partiese mañana, pero prefirió viajar de noche y por la mañana estar ya allí, para regresar después del mediodía.

—Bien... Bien, gracias, señorita Mac Intire. Espero que el señor Brough podrá resolverme el problema. Gracias y buenas tardes.

—Parece que verdaderamente tiene usted prisa.

—Así es.

—No cabe duda de que es usted un hombre muy ocupado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque siempre que le veo tiene prisa.

—No siempre tengo prisa.

—Siempre que le veo yo sí.

—Bien... Puede ser casualidad. Discúlpeme, pero necesito ver al señor Brough cuanto antes...

—Si es un asunto bancario tal vez yo podría resolvérselo, en ausencia de mi padre.

Uriah Nash frunció un instante el ceño, y por fin dijo:

—No creo. Será mejor que busque al señor Brough.

—No es usted muy cortés, señor Nash.

—Es injusto que diga eso —la miró vivamente Uriah—. Siempre he sido cortés con usted.

—Bueno, tal vez he sido un poco injusta, de acuerdo. Todos lo somos a veces, ¿no es cierto?

Uriah miró el sombrero que sostenía en una mano, a la que unió la otra para comenzar a darle vueltas a la redonda. Su impaciencia resultó tan visible, tan evidente, que por fin la señorita Mac Intire se apartó de la puerta de la sala, murmurando:

—Adiós, señor Nash. Lamento ser una inútil y no poder atenderle.

Uriah se detuvo en seco junto a la muchacha, y masculló:

—Nadie ha dicho que sea usted una inútil. Ocurre simplemente que este asunto no es adecuado para usted.

—¿Eso piensa? Tal vez no se haya fijado, pero suelo ayudar mucho a mi padre en las cuestiones financieras. Si alguna vez mirara a su alrededor me habría visto acompañando a mi padre por la calle cuando volvemos del banco. Y me habría visto con él trabajando. Aunque con seguridad eso es lo que usted no entiende: que una mujer vaya al banco a trabajar en esa clase de cosas que sólo saben hacer los hombres.

—Nunca me he preocupado de esas cosas, señorita Mac Intire.

—¿No? ¿De qué cosas se preocupa el gran *sheriff* Nash? Se diría que son cosas importantísimas, claro, pero yo aún no las he entendido. Todo lo que le veo hacer es pasear sus largas piernas por la calle Mayor arriba y abajo, sin enterarse de lo que ocurre a su alrededor.

—Me entero siempre de todo cuanto ocurre a mi alrededor.

—¿De veras? Pues debe quedarse ciego cuando paso yo.

—Escuche, señorita Mac Intire, sé que no le caigo bien, que no le resulto ni simpático ni apreciable en ningún sentido, pero le aseguro que éste no es el momento de dirimir esa cuestión.

—Porque usted tiene prisa.

—Mucha prisa. Estoy muy ocupado... aunque usted no lo crea.

—Pues yo estoy enfadada... aunque usted no lo comprenda. Viene a mi casa, y cuando me ofrezco para atenderle desdeña mi oferta para correr en busca de un hombre. ¿Sabe lo que es usted, señor Nash?

—¿Qué soy?

—Un estúpido y un maleducado.

Los grises ojos de Uriah, que rehuían el encuentro con los oscuros de Rebecca Mac Intire, se volvieron hacia ella con un gesto de enojo más que evidente. Fue como si una luz fría bañase de pronto el precioso rostro femenino.

—Señorita Mac Intire, desde que llegué a Wichita Falls es la primera vez que intercambio con usted más de una docena de palabras, y no se puede decir que mi impresión fuese equivocada. Buenas tardes.

—¿Su impresión? —le tomó ella de una manga, reteniéndolo—. ¿A qué se refiere, de qué impresión está hablando?

—Mi impresión apenas la ví de que era usted una orgullosa, arisca y despótica jovencita rica y caprichosa. Francamente, no se puede decir que conversar con usted sea un placer. Pero ya que usted puede soportarme a mí, haré un esfuerzo y yo la soportaré a usted. Quiere saber qué pasa, ¿verdad? Pues se lo voy a decir tengo a doscientas cincuenta personas quizá más, colgadas de un puente que puede ser dinamitado de un momento a otro. Y ahora, si está satisfecha su curiosidad, ¿puedo seguir mi camino?

—Pero... ¿de qué está usted hablando? —jadeó la muchacha.

—Unos forajidos se han apoderado del tren de Wichita Falls, y lo han detenido sobre el puente del Pease River, si he entendido bien. Si no les damos todo el dinero que hay en todos los bancos de Wichita Falls van a dinamitar los pilares del puente, éste cederá, tres vagones caerán al vacío desde una altura de más de treinta metros, y arrastrarán todo el tren, como consecuencia de lo cual pueden morir quizá trescientas personas. ¿Ha entendido ahora de qué estoy hablando?

—Dios mío...

—De nuevo buenas tardes, señorita Mac Intire.

Uriah Nash se desasió con firmeza pero sin brusquedad de los dedos de la muchacha, pasó junto a ella, y segundos más tarde salía de la hermosa casa

del banquero Mac Intire.

CAPÍTULO II

—Es horrible —murmuró el señor Brough, director del Middle Bank—, y no sé qué decirle, Nash... ¡Pero algo tenemos que hacer!

—Sólo podemos hacer una cosa, señor Brough: entregar el dinero.

—Sí, bueno, pero... Vaya, Nash, no me interprete mal. No es que no me parezca bien la solución..., es sólo que me pregunto si después de tener el dinero esa gente cumplirá su parte.

—¿Por qué no? No tiene sentido que maten a trescientas personas después de haber conseguido lo que querían. En cambio, si les damos el dinero y les dejamos que se marchen, serán ellos los que finalmente se pondrán en mala situación.

—¿Qué quiere decir?

—Que en cuanto dejen de tener poder sobre el tren se las van a tener que ver conmigo —dijo sombríamente Uriah Nash—: a mí nadie me maneja de ese modo y se queda tan tranquilo, señor Brough. Y por otro lado sé muy bien que mi obligación consiste en recuperar el dinero. Pero ahora no podemos hacer nada más que pagar.

—Bien —parpadeó William Brough—, tal como están las cosas lo mejor será que hagamos una reunión de banqueros en Wichita Falls. Avisaré a algunos colegas, y usted vaya avisando a otros..., a todos los que podamos. Pero si quiere que le sea sincero dudo mucho que quiera soltar el dinero. A fin de cuentas, Nash, a la gente del tren no la conocemos.

—Eso es cierto —dijo secamente el *sheriff*—, a esa gente sólo la conocen sus familiares. Vamos, señor Brough, ¡son trescientas personas!

—Está bien, está bien, ya le he dicho que vamos a hacer una reunión, ¿no es así? Pero si quiere mi opinión, Uriah, esas trescientas personas están condenadas a muerte.

—¿Y eso por qué?

—Porque esos bandidos no van a correr el riesgo de dejar detrás de ellos un tren lleno de personas que, en cuanto se les pase el susto, se enfurecerán, y seguramente partirán en su persecución... Y los tendrán muy cerca.

—Ya he pensado en eso —asintió Uriah—, pero creo que por ese lado no habrá problema, pues yo les tengo preparada la fuga a los tipos del tren, si es necesario.

—¿Está bromeando? —exclamó el banquero.

—Claro que no. Mire, los tres que están aquí quieren caballos y vehículos para escapar de aquí con el dinero y provisiones en abundancia. Eso significa que piensan reunirse con sus compañeros que están reteniendo el tren y, sin la menor duda, pasar todos a Oklahoma. Yo pienso facilitarles todo eso, de tal modo que en ningún momento consideren que la gente del tren pueda representar un peligro para ellos. Con ese fin, si es necesario, terminaremos de pasar el tren a uno de los lados del puente, volaremos el puente entonces, y que esos hombres escapen tranquilamente.

—Un *sheriff* no puede hacer eso —se asomó Brough.

—Lo que no puede hacer un *sheriff* es consentir que asesinen a trescientas personas —dijo Uriah, poniéndose en pie—. Si le parece bien podríamos reunirnos todos dentro de una hora en algún sitio discreto, a fin de que nadie del pueblo se dé cuenta de que están ocurriendo cosas raras. Yo sugeriría el corral de Benny.

—De acuerdo. Sí, buena idea, de acuerdo.

Uriah asintió, y salió del despacho, abandonando acto seguido la casa de Will Brough, una de las más grandes y confortables de Wichita Falls, situada al extremo opuesto, de la de los Mac Intire.

Cuando salió a la calle le estaba esperando Codeman, que le miró con auténtica mala uva.

—¿Y bien? —gruñó.

—Vamos a organizar una reunión de banqueros para dentro de una hora, y naturalmente esperamos que todos cederán y les abrirán la caja fuerte de su banco respectivo. El problema está precisamente con el Texas Bank Union, ya que el señor Mac Intire se fue a Seymour, y, como le dije antes, se llevó la llave de la caja fuerte.

—Podríamos volarla con dinamita.

—Estupendo —le miró con sarcasmo Uriah—, así seguro que nadie del pueblo se enteraría de que están robando el banco.

—Bueno, usted se las va a arreglar como quiera, pero nosotros sabemos que precisamente el Texas Bank Union es el que más dinero tiene, y queremos que esa caja sea abierta. Y no me venga con monsergas, *sheriff*.

—Si ustedes quieren que esa caja sea abierta sólo hay una solución: que alguien vaya a Seymour a buscar al señor Mac Intire y le pida la llave. Pero

debo informarle que el viajecito es de ciento diez millas... y de noche.

—No hay tanta distancia de aquí a Seymour.

—Ida y vuelta sí. Precisamente por lo pesado del viaje es por lo que el señor Mac Intire prefirió hacer una parte hoy y otra mañana, en lugar de recorrer mañana las ciento diez millas de ida y vuelta.

—¡Maldita sea!

—Tranquilo, todo se arreglará —dijo amablemente Uriah—. Bueno, tengo que ir visitando a algunos banqueros para citarlos y exponerles en bloque el asunto, y no me parece conveniente que me acompañe a todas partes. ¿Por qué no se van usted y sus amigos a cualquier cantina a tomar unos tragos mientras yo me ocupo de esto? Y no vuelva a hacerme amenazas: sé que hay trescientas vidas en juego, y no quiero arriesgarlas. Y a propósito de eso: sus amigos subieron al tren en Memphis, lo que significa que donde están ahora no tienen caballos. ¿Es así?

—Nosotros les llevaremos caballos. Y de todo.

—Sí, ya sé. Bueno, pediré esos caballos y lo demás. Escuche, me gustaría ir con ustedes cuando se marchen de Wichita Falls.

—¿Porqué?

—Porque quiero hacer las cosas de manera que ustedes no se consideren en apuros en ningún momento, pues entonces quizá les diera por hacer alguna barbaridad con el tren aunque tuvieran todo el dinero.

—Ya —relucieron irónicos los ojos de Codeman—, pero no se preocupe usted, que todo está previsto por nuestra parte.

—Ah... Bien, tanto mejor. Pensé que quizá se les había pasado por alto que podían tener problemas al alejarse del tren.

—Deje de pensar y de preocuparse; que todo ha estado muy bien pensado y planeado. Usted consíganos el dinero y lo demás, y no se preocupe por nosotros.

—Me parece bien. ¿Qué le parece si nos encontramos dentro de una hora y media en el Black Horse Saloon?

—Nada de eso. Le estaremos esperando en la estafeta de Telégrafos. Y sepa que en todo momento estamos en contacto con la de Vernon, donde hay dos compañeros nuestros esperando informes sobre cómo se van desarrollando las cosas por aquí. Si cada hora no reciben un mensaje nuestro el tren caerá al fondo del cañón.

—De acuerdo. ¿Cómo se llaman esos amigos suyos?

—¿Y a usted qué coño le importa eso? Ya sabe cómo nos llamamos nosotros tres, y es más que suficiente.

—Como quiera. Dentro de hora y media les iré a visitar a la estafeta. No compliquen las cosas, ¿de acuerdo?

Uriah Nash se alejó de Codeman, que no parecía nada satisfecho... Por momentos tenía la sensación de que el *sheriff* de Wichita Falls estaba demasiado tranquilo y natural para ser un hombre sometido a aquella presión, y, vagamente, sospechaba que el representante de la ley estaba tramando algo. Pero ¿qué podía tramar sabiendo que al menor movimiento en falso el tren de Wichita Falls, con trescientas personas, se precipitaría desde treinta metros de altura al fondo rocoso del precipicio...?

—En resumen, Nash..., ¿qué es lo que sugiere usted?

Uriah pareció sorprendido por la pregunta. La primera sorpresa, la que se había llevado al ver a Rebecca Mac Intire en la reunión del corral de Benny, ya había pasado. Ahora le proporcionaban otra.

—¿Que qué sugiero? —mostró su extrañeza—. Señor Oldcombe, lo estoy diciendo, desde que se presentó la situación: hay que pagar, y dudo mucho que a nadie de los presentes se le pueda ocurrir otra idea mejor.

—¿Eso quiere decir que somos tontos? —preguntó Rebecca Mac Intire.

—No —gruñó Uriah.

—Pues, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que no hay otra alternativa, de momento.

—Señor Nash: ¿quiere tener la amabilidad de mirarme cuando me hable? Además de ser de mala educación no hacerlo me da la impresión de que es usted un traidor de baja estofa. O tal vez sea que mi presencia y apariencia le repugna y prefiere no verme. ¿Podría ser esto último?

—No estamos aquí para perder el tiempo, señorita Mac Intire.

—De acuerdo. Pero míreme cuando me hable, por favor.

Uriah la miró directamente, por fin, con el ceño fruncido. Se hizo un extraño silencio en el corral. Rebecca Mac Intire sonrió de pronto, y pareció que su rostro se llenase de luz. Uriah Nash soltó un gruñido, desvió la mirada de aquel bellissimo rostro resplandeciente, y gruñó:

—Terminemos, señores, ¿van ustedes a...?

—Señor Nash —llamó su atención Rebecca.

—¿Sí, señorita Mac Intire?

—Ha debido usted decir «señoras y señores», no sólo «señores».

—¿De qué está usted hablando ahora?

—Ha dicho usted: terminemos, señores. Y debió decir: terminemos, señorita y caballeros... O algo así. Es que yo estoy aquí, ¿sabe, señor Nash?

Se oyó alguna risita. Uriah frunció todavía más el ceño, sacó de pronto un cigarro, le mordió la punta, la encendió parsimoniosamente, y se sentó sobre una bala de paja. Estuvo unos segundos mirando el humo, ante la sorpresa general. De pronto dijo:

—Cuando la señorita Mac Intire me lo permita, terminaré de decir lo que tengo que decir y me iré a hacer mi trabajo. Mientras tanto, francamente, no me molesta estar aquí fumando y diciendo tonterías. De cuando en cuando es bueno distraerse.

—¿Quién está diciendo tonterías? —se engalló Rebecca.

Uriah la miró, y eso fue todo. El resto de los presentes, simplemente, estaban pasmados, no entendían nada de nada. Rebecca miraba encolerizada a Nash, y éste fumaba. William Brough soltó un refunfuño, diciendo algo feo que nadie entendió muy bien.

—Queda bien entendido que Nash aconseja pagar..., sin perjuicio de que, más adelante, él tome las medidas que considere oportunas para resolver el asunto de otro modo...

—Un momento —pidió Rebecca—. ¿Qué es eso de las medidas oportunas por parte del señor Nash? ¿Y de qué otro modo podría resolver el asunto? Una vez hayamos entregado el dinero no veo qué otra solución se puede obtener.

Uriah la miró, y continuó fumando, impávido. Era como si hubiera mirado una piedra.

—Lo que estoy diciendo —replicó Brough a la muchacha— es que Nash se encargará posteriormente de intentar recuperar nuestro dinero y de meter en cintura a esa gente. Pero de momento hay que pagar... si votamos en ese sentido. Y si Rebecca nos hace el favor de no interrumpir más, yo creo que ya hemos perdido el tiempo y debemos votar. ¿Oldcombe?

—Bueno, no me hace gracia abrir la caja para esa gente, pero mi conciencia no me dejaría en paz el resto de mi vida si les ocurriese algo por mi culpa a esas trescientas personas: entregaré el dinero.

—Bien. ¿Newlland?

—Más o menos digo lo mismo que Oldcombe.

—¿Jameson?

—Lo entregaré.

—¿Katléw?

—También, ¡qué remedio!

—Pues tenemos acuerdo favorable por unanimidad, así que...

—A mí no me han preguntado —dijo Rebecca.

—¿No dijiste que tu padre se había llevado la llave de la caja? —le miró sorprendido Brough.

—Sí, pero tengo derecho a votar. O cuando menos a exponer mi opinión.

—Está bien —se resignó Brough—, di lo que tengas que decir.

—Es una pregunta: ¿qué garantías nos ha ofrecido esa gente respecto a que dejarán libre el tren en cuanto tengan el dinero?

—Ninguna —replicó en el acto Uriah Nash.

—¿Y usted no las ha exigido?

—¿Por qué no se las exige usted? —sonrió de oreja a oreja Uriah, con maligna expresión—. Apuesto a que le harían más caso que a mí.

—De acuerdo. Iré a ver a esos sujetos y les exigiré una garantía.

—Precisamente yo voy hacia allí —continuó con su pitorreo Uriah Nash—, y no tengo ningún inconveniente en acompañaría y presentaría a mis... interlocutores. Aunque me atrevo a sugerir que sería mejor que ellos no la vieran a usted.

—¿Por qué?

—Es mejor que no la vean.

—Repetiré la pregunta: ¿por qué?

—Porque es mejor. Bien, señores... y señorita, se diría que la reunión ha terminado. Permanezcan aquí a la espera de la siguiente fase de la negociación. Presumo que, simplemente, cada uno de ustedes tendrá que ir a buscar el dinero de su banco. Y mientras ustedes hacen eso yo reuniré unos cuantos caballos y provisiones para esa gente... Hasta luego.

—Señor Nash.

—¿Si, señorita Mac Intire?

—Hemos quedado que voy con usted, ¿no?

Uriah la miró como fatigado, y no dijo nada. Simplemente, se dirigió hacia la salida del corral, y ella le siguió rápidamente. Salieron a la noche estrellada recién iniciada. El corral de Benny estaba no sólo fuera del pueblo, sino en la parte de detrás de uno de los lados de la calle Mayor, por lo que el lugar no podía ser más discreto, especialmente de noche. De día pasaba gente por allí de cuando en cuando, pero nadie tenía nada que hacer durante la noche por aquel lugar solitario y oscuro. Uriah caminaba en silencio, con el cigarro metido entre los dientes, y Rebecca casi tenía que correr a su lado para mantenerse a su altura.

—¿De verdad espera usted poder hacer algo después de que les hayamos entregado el dinero? —preguntó la muchacha.

—Aunque a usted le parezca que yo estoy de adorno en Wichita Falls le aseguro que tengo un cometido, y que lo cumplo. Por ejemplo, quizá haya usted observado que desde que ocupé el cargo hace ya año y pico no ha habido jaleos en Wichita Falls, ni nadie ha molestado a las señoras, ni han matado perros a balazos, ni han asaltado el banco..., y si alguien ha intentado alguna de estas cosas lo ha tenido que lamentar. ¿Estaba usted enterada de esto, señorita Mac Intire?

—Ni siquiera estaba enterada de que usted hacía algo, fuese poco o mucho, bueno o malo. ¿De verdad lleva usted en el pueblo año y pico? No me había fijado.

—Seguramente nunca ha podido verme bien porque se ha gastado la vida haciendo números en el despacho de su padre. Y no crea que no me había dado cuenta de eso. Por ahí va, me digo siempre que la veo pasar.

—¿Por ahí va?

—Sí. Por ahí va la solterona, me digo. Porque usted ya es mayorcita, ¿verdad, señorita Mac Intire? A su edad ya debería estar casada, y hasta tener algún niño...

—¡Qué sabe usted de mi edad! —jadeó Rebecca, lívida de rabia.

—Bueno, oí decir a alguien qué ya no cumpliría los treinta, de modo que me guío por ese comentario..., aunque me parece que fueron benévolo con usted. Dígame la verdad: ¿a que ha cumplido ya los treinta y cinco?

—Es usted... un... un grosero... ¡y un estúpido!

—Pero no un solterón. Un hombre de mi edad todavía resulta interesante.

—Pero... pero... pe-pero ¿qué... qué se ha creído...?

—Se me está ocurriendo que vamos a dar la gran campanada si aparecemos juntos a esta hora en la calle Mayor: algunos podrían pensar que la estoy paseando, señorita Mac Intire.

—¡A mí no tiene que pasearme nadie! —casi gritó la muchacha, deteniéndose.

—He querido decir que podrían pensar que estamos festejando. Vamos, que la estoy cortejando y que usted me acepta, en principio, saliendo de paseo conmigo... Muy romántico, pero bastante inexacto, ¿verdad? Y francamente, no me gustaría que pensarán que ando detrás de un saco de dólares.

—¿De un... saco... de dólares? —casi se ahogaba de rabia Rebecca.

—Claro. La gente que nos vea podría pensar algo así: ahí va el apuesto y simpático *sheriff* Nash paseando a la señorita Mac Intire... ¡Claro, como el papá de la solterona tiene tanto dinero! ¡Menudo listo el *sheriff* Nash, que llegó aquí muerto de hambre y ahora quiere a la heredera más rica del pueblo,

menudo listo! Bueno, me imagino que a usted no le gustaría que pensarán algo así de nosotros, señorita Mac Intire, ¿verdad?

¡Plaff!, resonó fuertemente la tremenda bofetada que Rebecca Mac Intire propinó en pleno rostro al *sheriff* de Wichita Falls. Éste ni siquiera se movió, no acusó el golpe en absoluto. Dio una chupada al cigarro, y dijo:

—¿A que no se atreve usted a hacerme esto en un pajar?

—¿Qué..., qué...? ¡Se lo haré donde sea y como sea..., bruto, grosero..., patán!

—¿Lo repetiría en un pajar?

—¡Claro que sí!

—Pues casualmente tenemos cerca la casa de la señora Rawlings, que tiene un cobertizo con paja en la parte de atrás. Venga conmigo... si se atreve.

Desviando ligeramente la dirección de la marcha que habían seguido hasta entonces Uriah Nash llegó a la parte de atrás de una casa donde había una valla baja y despintada, que salvó pasando fácilmente las largas piernas por encima. Rebecca quedó indecisa al otro lado, pero el *sheriff* de Wichita Falls no le dio tiempo a reaccionar la asió por la cintura con ambas manos, la pasó al interior del pequeño patio, y fue a empujar una puerta que chirrió levemente. Cuando se volvió hacia la valla Rebecca continuaba allí, mirándole. Se veía el contorno de su silueta, el brillo de sus ojos, y el resplandor de las estrellas en su carne.

—¿Viene o no? —susurró Uriah.

Ella no se movió. Uriah dejó el cigarro en una grieta de la madera, regresó junto a Rebecca, y señaló el cobertizo. Ella hizo entonces gesto de pretender salvar la valla por sí sola y en sentido contrario, pero de repente la actitud tranquila de Uriah Nash cambió: la agarró por la densa y fragante cabellera roja y la empujó hacia el cobertizo. Rebecca apenas tuvo tiempo de emitir un par de quejidos cuando ya se encontró dentro del lugar, que olía a paja, a perro y a calor. Y ni siquiera había recuperado la respiración cuando se sintió abrazada de un modo salvaje; fue algo así como ser atrapada de lleno por el huracán...

La boca de Uriah Nash cayó sobre la boca de Rebecca Mac Intire, los dientes masculinos mordieron la tierna carne femenina, los duros labios del hombre aplastaron los de la mujer... Rebecca Mac Intire sintió que la cabeza le daba vueltas, perdió la noción del lugar y de la situación... Solamente sentía aquel salvaje beso-mordisco que parecía estar inundándola de fuego rabioso, asfixiándola, zarandeándola. Vagamente se dio cuenta de que la ropa que descansaba en sus hombros había sido bajada de un tirón, y quiso gritar

cuando notó las fuertes manos en sus pechos ahora desnudos. Abrió la boca..., y Uriah Nash apartó la suya, se inclinó, y besó fuertemente los senos blancos y pecosos de la señorita Mac Intire, que, todavía como bajo los efectos del huracán, pudo jadear:

—Suélteme, criminal...

El violento empujón la derribó sobre un montón de paja. En un instante, Uriah Nash estuvo sobre ella, sujetándole los alborotados cabellos con una mano de modo que le impedía mover la cabeza todavía menos que el cuerpo. El rostro masculino se acercó al demudado rostro femenino:

—Escúchame bien, señorita Mac Intire: la próxima vez que te dediques a molestarme y provocarme te voy a meter un polvo que se te reventarán las carnes de puro gusto, lo quieras tú o no. ¿Está claro? Sigue con tus desprecios y con tus burlas y cualquier día te vas a encontrar más violada que la perra de mi abuela, que tuvo quince cachorros... Te lo advierto, niña caprichosa: vuelve a meterte conmigo y te hago pedazos a besos y polvos. ¿Me has entendido? ¡Contesta! ¿Me has entendido?

—Dios... ben... bendito, me... me está... lastimando...

—¡Contesta!

—Sí, lo... lo he entendido... ¡Sí, sí, he entendido!

—Bien —asintió el *sheriff* de Wichita Falls—. Bien.

Por detrás de él llegaba un leve resplandor de estrellas, que parecía crear una luz fría y distante. En la casi total oscuridad destacaban los ojos de Rebecca Mac Intire y la blancura de la carne de su rostro y pecho prácticamente al descubierto... Uriah Nash se inclinó, besó primero un pezón de la muchacha, luego el otro, finalmente le mordió suavemente la boca, y, cuando al parecer se hubo saciado apartó su cabeza y repitió:

—Bien. Ya estás avisada.

Se incorporó, dejándola tendida en la paja, y salió del cobertizo, recogiendo su cigarro de la grieta donde lo había dejado. Fue a la valla, pasó al otro lado, y esperó. Rebecca tardó casi cinco minutos en salir, vacilante, y se acercó a la valla. Uriah se dejó el cigarro en la boca, volvió a asirla por la cintura para pasarla al otro lado, y luego echó a andar.

Cuando aparecieron ambos en la calle Mayor el *sheriff* mostraba la mueca seria pero amable que tan bien conocían desde hacía más de un año los vecinos de Wichita Falls. Junto a él, silenciosa y rígida, caminaba Rebecca Mac Intire.

—Buenas noches, *sheriff*... Adiós, señorita Mac Intire.

—Adiós, *sheriff*. ¡Caramba, qué bien acompañado va esta noche!

—Adiós, Rebecca, querida... ¡Vaya sorpresa!

Uriah la tomó de un brazo, para cruzar la calle. Rebecca estaba tan aturdida que no se daba cuenta de nada. Seguían saludándolos a uno o a otro o a los dos, y confusamente la muchacha veía las sonrisas y los gestos de sorpresa.

Y de pronto, Rebecca se encontró ante la puerta de la Western Union Telegraph.

—Todavía está a tiempo de marcharse a su casa —murmuró Uriah Nash—. Y creo que sería lo mejor, señorita Mac Intire.

Ella le miró fijamente. Todavía sentía en sus labios, en sus pechos, los besos ardientes y rabiosos de él. Todavía le parecía sentir como envolviéndola en un calor abrasador el aliento del *sheriff* de Wichita Falls, y sus sólidas y grandes manos en su cuerpo, su boca mordiendo la de ella...

—No tengo por qué escuchar los consejos de un... una bestia como usted —dijo por fin, fríamente.

Uriah Nash frunció el ceño. Luego, empujó la puerta de la estafeta de Telégrafos.

CAPÍTULO III

Peter Codeman apareció enseguida ante ellos. Dentro de la estafeta habían apagado ya la luz, de modo que tenían que verse con la que llegaba desde la calle a través del ventanal.

—Vaya, vaya, vaya —canturreó alegremente Codeman—, ¡qué lindo pimpollo nos trae usted, *sheriff*!

—Ella viene a pedirles unas garantías —replicó Uriah—. Y yo vengo a comentar algo en lo que quizá ustedes no han pensado: a estas horas aproximadamente llega el tren a Wichita Falls. Si no llega pronto...

—Ya le dijimos que todo estaba previsto, ¿no? En la estación se ha recibido ya un telegrama indicando que el tren se retrasará indefinidamente debido a dificultades técnicas entre Herg y Vernon. Y asimismo se ha avisado en Vernon para que nadie se mueva ni se preocupe. Tranquilo —rió el forajido—. Cuando le digo que todo está previsto es que todo está previsto.

—Pues me alegro, porque eso evita complicaciones que podrían traer malos resultados. Bien, la señorita quiere saber qué garantías nos...

—No necesito que nadie hable por mí —le interrumpió secamente la muchacha—. Sé perfectamente valerme por mí misma, señor Nash.

—Apuesto a que no siempre —sonrió en la penumbra Uriah—, pero tal vez sí sepa en esta ocasión. Adelante, hable usted.

—Quiero saber —miró Rebecca al divertido Codeman— qué garantías nos ofrecen ustedes de que cuando tengan el dinero dejarán libre el tren sin causar daño ni perjuicio a nadie.

Codeman se la quedó mirando atónito. Por detrás de él, desde el mostrador, llegó la risita de Craig. Rebecca miró hacia allí, y vio las siluetas de los dos pistoleros y del telegrafista, que estaba retenido.

—Oiga, ¡qué simpática es la nena, *sheriff*! —rió por fin también Codeman—. ¡Garantías!

—Sí, tiene mucho sentido del humor —dijo Uriah—. De todos modos nos puede ser muy útil.

—¿En qué? —rió obscenamente Codeman.

—El padre de ella es el director del Texas Union Bank. Ella sabe dónde está exactamente en Seymour su padre, de modo que sólo tiene qué decírmelo y yo puedo ir allá en busca del señor Mac Intire..., mejor dicho, de la llave.

—Eso requiere mucho tiempo.

—Bastante —admitió Uriah—, pero allá ustedes. Yo no tengo interés en ir. Pero bien saben que en el Texas Union es donde hay más dinero. Podría decirse que sólo en su caja fuerte hay el mismo dinero que entre todos los demás bancos juntos.

—Me sorprende su afán de cooperación.

—Lo que no quiero es que luego se cabreen porque les parezca que han reunido poco dinero y lo paguen quienes no tienen la culpa de nada..., y que ya lo están pasando bastante mal colgados en ese precipicio cerca de Vernon.

—Ya. ¿Qué dicen precisamente los demás banqueros?

—Todos están de acuerdo en entregarles su dinero. Hemos convenido que irán a sacarlo de la caja fuerte de su respectivo banco, e irán trayendo las sacas por la parte de atrás de la estafeta. Mientras tanto yo puedo encargarme todo eso de los caballos, los vehículos y los víveres de toda clase..., y partir hacia Seymour en busca de esa llave.

—No se tome tan en serio su papel de director del asunto, *sheriff*. Y haga una advertencia a sus amigos banqueros; Seguramente más de uno se las querrá dar de listo y traer menos cantidad de dinero de la que tienen en el banco, de modo que lo haremos de otro modo: dígalos a todos que vengan ahora mismo por la puerta de atrás, y se quedarán aquí. Uno a uno serán acompañados a abrir la caja fuerte de su banco, y... ayudados a traer el dinero. No queremos bromas con eso, ya que no vamos a poder tener el dinero del Texas Bank...

—Ya le digo que yo puedo llegarme a...

—¿A qué tanto empeño? ¿Qué está tramando?

—Nada. No estoy loco —gruñó Uriah.

—No me fío de usted. Nada de marcharse de Wichita Falls... Pero se me está ocurriendo una muy buena idea; yo iré a Seymour a buscar al padre de la señorita... Y la señorita me acompañará.

—¿Yo? —exclamó Rebecca—. ¡Pero...!

—Vamos, no diga disparates —gruñó Uriah—. Ella no está acostumbrada a cabalgadas semejantes, Codeman.

—Pues que se acostumbre. De modo que ella se queda aquí, y usted se larga a hacer sus cosas. Tenemos nuestros caballos atrás, así que la señorita y

yo podemos partir enseguida y muy tranquilamente hacia Seymour. ¿Todo entendido?

—¡Yo no he cabalgado nunca de noche! —protestó Rebecca—. ¡Y hay más de cincuenta millas de aquí a Seymour...!

—Ya le dije que era mejor que se fuera a casa —la miró aviesamente Uriah Nash—. Ahora es tarde para hacer lo que quiera: tendrá que hacer lo que le diga Codeman.

—Sí —sonrió éste, mostrando el blanco fulgir de sus dientes en la penumbra—, tendrá que hacer lo que yo quiera..., y será mejor que se acostumbre a esa idea, guapa. Bueno, *sheriff*, vaya a decirles eso a los banqueros.

—De acuerdo.

Sin más, Uriah Nash abandonó la estafeta. Casi se dio de narices contra dos sujetos que estaban plantados en el porche, y que parecían preocupados.

—¿Qué pasa, *sheriff*? —exclamó uno de ellos—. ¿Todavía está Ned ahí dentro?

Uriah Nash titubeó, y acabó por soltar un gruñido como de resignación.

—Parece que el tren tiene dificultades, y Ned está atendiendo las noticias que van llegando por telégrafo. En la estación también están avisados. He puesto a un alguacil interino con Ned ahí dentro, para que nadie pueda molestarlo. Quisiera contar con vuestra ayuda, Doug.

—¡Seguro que sí! ¿Qué tenemos que hacer?

—No alarmar a nadie, y permanecer cerca de la estafeta, pero no aquí delante. Vigilad bien, y si alguien quisiera entrar, arreglároslo para llevároslo de aquí, sea como sea..., pero siempre sin provocar la alarma. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Pero... ¿qué ha pasado con el tren?

—Nada grave, una avería. Pero ya sabéis que la gente se asusta muy pronto. Cuento con vosotros, Doug, Terence.

—Seguro que sí, seguro.

—Bien.

Uriah Nash se alejó, de un humor de mil diablos que procuraba ocultar a toda costa. Por suerte, localizó enseguida al banquero Newland, al que informó de los deseos de los forajidos y le pidió que traspasara las instrucciones a los demás y se reunieran todos en la parte de atrás de la estafeta. Luego, se dirigió al establo público, donde tenía su caballo. Randy Owens, el encargado, se quedó sorprendido al verlo agarrar la silla de montar y dirigirse hacia el compartimento donde tenía su caballo.

—Atiza —exclamó—, ¿va a salir ahora, *sheriff*?

—Sí. Tengo algo que hacer. Pero tendrías que hacerme un favor, Randy: ten la boca cerrada, ¿quieres?

—¿Qué es lo que pasa?

—Te lo repetiré: ten la boca cerrada.

* * *

—Usted pida por esa boquita —decía Codeman—. Pida, pida. A ver ¿qué garantías quiere? Pida sin cuidado, que yo a usted estoy dispuesto a darle todo lo que quiera.

Rebecca estaba comprendiendo hora por qué a Uriah Nash le había hecho gracia el asunto de las garantías. Sencillamente, aquel forajido se estaba burlando de ella, por lo que decidió no hacer más el ridículo y permanecer en un digno silencio. Digno y distante, altivo..., de lo cual forzosamente se tuvo que dar cuenta Codeman, que tras esperar en vano una respuesta de ella pasó tras el mostrador de la estafeta y estuvo un par de minutos cuchicheando con sus dos amigotes.

Finalmente, la llamó:

—Usted, venga aquí. Vamos a salir por la parte de atrás.

Rebecca no titubeó demasiado. Comprendía que se había metido ella sola en un apuro, y que tenía que ingeniárselas para salir de él como fuese, sin contar con la ayuda de nadie, pues los demás ya tenían suficientes cosas en qué pensar y de qué preocuparse.

Siguió a Codeman hasta la parte de atrás del edificio de la Western Union Telegraph, donde, en efecto, en el patio, estaban los tres caballos de los bandidos. Codeman le señaló uno de ellos, y ordenó:

—Monte. Vamos a ir a Seymour usted y yo a buscar esa llave. ¡Y no me venga con tonterías! Son cincuenta millas, y va a tener que aguantarlas... ¡Vamos, monte! ¿Qué está esperando?

—No... no puedo montar con estas ropas...

Codeman masculló algo, se acercó, y la ayudó a montar. Acto seguido montó él en otro caballo, tomó de las bridas el de Rebecca, y salieron al callejón. En menos de medio minuto estaban en campo abierto. La noche prometía un cierto frescor, pero todavía quedaba flotando como una masa el calor del sol de cien mil demonios que había caído aquel día sobre Wichita Falls. Rebecca volvió la cabeza, y vio el leve resplandor del pueblo iluminado con farolas de gas keroseno. Ante ella se extendía la noche y el campo abierto.

—Iríamos mejor por el camino —dijo con voz tensa.

—Ya tomaremos el camino más adelante. Por el momento no me interesa hacerlo, pues podríamos encontrarnos con alguien que la conozca a usted, y eso podría causar extrañeza y complicaciones. ¿Quiere usted buscar complicaciones?

—No... No...

—Pues cierre la boca y cabalgue, guapa.

Rebecca comenzó a asustarse. Las cosas se veían muy diferentes; al modo en que siempre las había visto. Mejor dicho, pese a estar en sitios que conocía bastante bien, los veía como desconocidos, pues nunca antes había pasado por allí de noche, no ya por el camino, sino a campo través. Oía ruidos inquietantes, las piedras crujían como algo extraño y siniestro bajo los cascos de los caballos, la oscuridad parecía terrible e insólitamente misteriosa... Por fortuna apareció un delgado arco de luna que suavizó el ambiente, que a la muchacha le parecía frío y hostil...

—¿Qué le pasa? —preguntó de pronto Codeman—. ¿No le gusta el viaje?

—No... No.

—Está bien, maldita sea —masculló el forajido—, desmonte. Vamos a ver si llegamos a un acuerdo.

Desmontó él, la ayudó a desmontar, y tras trabar los dos caballos en un arbusto se encaró con ella. Rebecca podía ver bastante bien ahora a Peter Codeman, y le pareció que su gesto, aunque irritado, era amable. Todo lo amable que podía esperarse de un sujeto con aquella catadura.

—Veamos —dijo Codeman—. Escuche lo que se me ha ocurrido: usted me dice dónde está exactamente su padre en Seymour, a fin de que yo pueda localizarlo sin pérdida de tiempo nada más llegar allá, y puede volverse a Wichita Falls. Pero se lo advierto, guapa: si me engaña, si pretende burlarse de mí de algún modo, cuando yo vuelva se lo haré pagar... ¿Me entiende?

—Sí... Sí, señor... Pero es que... mi padre no querrá darle la llave a usted. Si yo no le explico...

—Su padre me dará la llave cuando le diga que mis amigos tienen a su hija, y además lo del tren. No se preocupe por eso. Bien, ¿cómo puedo encontrarlo en Seymour?

Rebecca todavía titubeó un poco más, pero acabó cediendo, y dio a Codeman instrucciones para que localizase a su padre en casa de sus amigos, los Karisberg; precisamente, John Karisberg era el director de la agencia del Texas Bank Union en Seymour, con el que Orson Mac Intire tenía que

resolver asuntos bancarios... Codeman hizo algunas preguntas, quedó bien enterado, y entonces sonrió de nuevo, de aquel modo que casi parecía amable.

—Estupendo, guapa —dijo alegremente—. Ahora vamos a divertirnos usted y yo.

—¿Qué? —inquirió Rebecca, sin comprender.

—Mire, podemos hacer las cosas de dos maneras: una, a las buenas, de modo que los dos lo pasaremos bien; y dos, a las malas, de modo que seré yo quien lo hará todo y por tanto sólo yo me divertiré.

—Pero... no entiendo... lo que usted dice...

—Se trata de echar un buen par de polvos, cariño —rió Codeman—. Jamás he conocido paloma tan cándida como usted, de veras. Mire, mi intención en todo momento ha sido divertirme con usted, dejarla luego por aquí bien atada, y después llegarme a Seymour a decirle a su padre que la tenemos prisionera y que si no cierra la boca y me da la llave de su caja a usted le vamos a cortar el cuello además de violarla... No sé si me explico.

—Oh, Dios mío —gimió Rebecca—. ¡Santo Dios! ¡No se acerque!

—Vamos, no sea tonta —gruñó Codeman—. Y no me haga perder demasiado tiempo. Empiece a quitarse ropa, y será más agradable.

—No... ¡No! ¡No se acerque a mí!

—Vaya —se transformó el rostro del forajido—, ya veo que a usted le gusta la emoción, ¿eh? Bueno, pues vamos a hacerlo a las malas.

Saltó hacia ella, que intentó en vano esquivarlo. Una mano de Codeman la asió por la ropa del hombro, dio un tirón y arrancó un trozo de vestido brutalmente. Rebeca gritó, se volvió hacia él dispuesta a luchar como fuese, y recibió un escalofriante bofetón que la tiró de espaldas al suelo... No tuvo ni siquiera tiempo de darse cuenta y ya estaba Peter Codeman sobre ella, dándole tirones a la ropa, que arrancaba a pedazos mientras barbotaba palabras que Rebecca tardó unos segundos en comprender, y que entonces la llenaron de pavor.

Intentó zafarse del peso del forajido e incluso golpearle y arañarle en el rostro, pero cada vez sus intentos y esfuerzos fracasaban bajo la potencia física masculina, y cada vez, furioso y excitado más y más a cada instante, Codeman la golpeaba en la cara o en el pecho..., que ya estaba desnudo entre los jirones de ropa.

—Y ahora...: vas a ver... Te voy a... hacer feliz...

Rebecca sintió cómo el hombre hurgaba entre las ropas de su falda, y gritó agudamente cuando comprendió la naturaleza de aquella intromisión. Sus ojos se desorbitaron, su rostro se desencajó, y su boca quedó abierta en un

grito tremolante que terminó bruscamente cuando una mano de Codeman la tapó con fuerza.

—Deja de gritar, zorrita —jadeó el bandido—. No seas tonta, que pronto te gustará tanto... qué gritarás de otro modo...

La tenía como aplastada contra el suelo, y estaba haciendo con ella lo que quería: la mordía, la manoseaba, la apretujaba..., y todo ello sin dejar de insistir en abrirse camino hacia su objetivo final, con un vigor y una furia absolutamente espantosas..., hasta que Rebecca, de pronto, tuvo la enloquecedora sensación viril tan inminente que el desespero casi le dio fuerzas para quitarse de encima a Codeman. Fue sólo un instante, y enseguida, con las piernas al aire, prácticamente desnuda bajo el cuerpo del maloliente forajido, el pensamiento, que le había parecido todavía hasta entonces como algo remoto, se afirmó en su mente: la iban a ultrajar, la iban a violar, iba a ser desvirgada por una mala bestia en medio del campo...

Justo en el momento en que parecía que esto era ya inevitable, de pronto, Codeman se apartó de ella.

Es decir, no se apartó: pareció saltar. Fue como si saltara hacia arriba empujado por una fuerza extraordinaria. Rebecca oyó su bramido de dolor y sorpresa, y en cuanto se vio libre de su peso se sentó, llevándose las manos al desnudo pecho...

Entonces vio a Uriah Nash.

Había agarrado a Codeman por la ropa del cuello y lo había arrancado de encima de ella como si fuese un muñeco. Codeman estaba todavía gritando..., y en ese momento recibía un tremendo puñetazo en el estómago que resonó como algo mortal. Talmente pareció que el forajido fuese a partirse en dos, y Rebecca, que lo vio perfectamente iluminado por la luna entonces, tuvo la impresión de que la cara de Codeman se estaba como deformando... De dos manotazos, Uriah Nash le arrebató los revólveres, y acto seguido, sin consideraciones de ninguna clase, descargó un salvaje patadón a los genitales descubiertos del forajido, que lanzó un bramido, se encogió, y cayó de bruces.

Rebecca Mac Intire permanecía inmóvil como una estatua, absolutamente aterrada y fascinada por la feroz escena que se desarrollaba ante sus ojos. Vio a Uriah Nash descolgar la soga de uno de los caballos, y voltear el lazo mientras Codeman, como si a cada movimiento todos sus músculos se rompiesen, intentaba ponerse en pie. La soga silbó un instante en el aire, el lazo corredizo se cerró en torno al cuello del forajido, y el *sheriff* dio un tirón que lo derribó de nuevo.

Luego, Uriah Nash montó en el caballo del propio Codeman, le dio un par de taconazos, y el animal partió al galope, llevando tras él, arrastrándote como si fuese un fardo, el cuerpo de Peter Codeman.

No fueron muy lejos. Tan sólo medio minuto más tarde, cuando Rebecca comenzaba a reaccionar, Uriah regresó, saltó del caballo, se acercó al bulto sangrante que había al extremo de la soga, y le aplicó un puntapié en el estómago.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Todavía estás vivo?

Lo único que pudo hacer Peter Codeman fue emitir un gemido. Uriah asintió, y se volvió hacia Rebecca, que le miraba con expresión desorbitada.

—¿Qué, ya está contenta, señorita Mac Intire? A lo mejor era eso lo que andaba usted buscando hace tiempo: que alguien la violase.

Rebecca Mac Intire rompió a llorar. Uriah soltó una fea maldición, emitió un silbido, y se oyó enseguida a lo lejos el galope de un caballo, que muy pronto estuvo junto a ellos, dándole con el morro a Uriah en el pecho. Éste le correspondió con una palmada, y retiró de la parte de atrás de la silla su reducido petate que siempre tenía a punto para salir en cualquier momento de viaje. Sacó de allí unos pantalones y una camisa, se los tiró a los brazos a Rebecca, que seguía sollozando.

—Tenga, póngase esto, si no le da asco. Desde luego si prefiere regresar a Wichita Falls con esas ropas a mí me da lo mismo.

Se acercó a Codeman de nuevo, lo puso en pie de un tirón, y al ver el estado en que se hallaba, como roto y ensangrentado, lo soltó. Peter Codeman cayó de nuevo al suelo como desarticulado, como si todos sus huesos estuviesen sueltos. El *sheriff* de Wichita Falls se acuclilló junto a él.

—Ahora sí que te la has cargado, Codeman —dijo fríamente—. Hasta aquí te había estado dando cuerda, pero te has pasado de bestia. Y ahora escucha bien esto: puestos a ser bestia te aseguro que a mí no me gana nadie..., y menos un despojo como tú ¿me estás oyendo? Cuando acabe contigo estarás llorando lágrimas de sangre por haber puesto tus mugrientas zarpas sobre la señorita Mac Intire.

CAPÍTULO IV

Peter Codeman no reaccionaba, no se movía, parecía no oír ni ver, ni enterarse de nada. Uriah Nash lo arrastró hacia un árbol, apoyado en cuyo tronco lo dejó sentado. Luego, se acuclilló ante él de nuevo.

—Escucha, desgraciado, o haces un trato conmigo o termino de hacerte pedazos, ¿de acuerdo? Pues escucha bien: todo esto ha sido demasiado bien preparado para que yo pueda admitir que es obra de un tipejo como tú o cualquier amigote de tu calaña. Lo ha preparado alguien que es mucho más listo que cualquiera de vosotros, y que, por supuesto, no se la está jugando ni en Vernon, ni en Wichita Falls, ni en el tren... ¿Quién es esa persona y dónde está?

—Está... loco... —jadeó Codeman—. No sé... de qué... me habla...

—Pues lo vas a saber pronto, porque te voy a enviar al infierno, y allá te lo dirán.

El puñetazo de Uriah aplastó la nariz de Codeman y le hizo golpearse fuertemente con la parte posterior de la cabeza contra el tronco en el cual se apoyaba. Un chorro de sangre brotó de la nariz y la boca de Codeman, que puso los ojos en blanco y se desplomó hacia un lado, como muerto. Uriah soltó otra maldición, se puso en pie, y se volvió a mirar a Rebecca, que permanecía inmóvil, fascinada, horrorizada.

—¿Qué espera para vestirse? —gruñó el *sheriff*—. ¿Es que necesita ayuda?

Rebecca quiso contestar algo, pero de su boca sólo brotó algo parecido a un débil maullido. Uriah titubeó, se acercó y se acuclilló ante la muchacha, que apretó las ropas que él le había entregado contra su pecho. El *sheriff* miró sus desnudas piernas, sus hombros, el cabello alborotado, los ojos expresando aquel miedo palpitante, y, de pronto, sonrió y tomó el rostro de Rebecca entre sus enormes manos, suavemente.

—¿Ve lo que pasa por no hacer caso a los que entendemos de estas cosas? —susurró—. Es usted tan bonita que yo sabía que estas bestias querrían poseerla en cuanto la viesan. Estaba seguro de que lo intentarían de un modo

u otro, ellos son así, como animales... En fin, así aprenderá a hacerme caso. ¿Se encuentra bien?

Rebecca asintió con la cabeza, fija su mirada en los ojos de Nash, que sonrió de nuevo.

—Espero haber llegado a tiempo de evitar su violación... ¿Sí? Me alegro por usted. O sea, que casi no ha pasado nada, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo, señorita Mac Intire?

—Sí... Sí, señor; no... no ha pasado... nada...

—Estupendo. —Uriah le dio dos cariñosos cachetitos y retiró las manos de su rostro—. Ahora tranquilícese y vístase. Aunque usted me considere un inútil y un vago le aseguro que estando yo aquí no tiene nada que temer.

Se puso en pie y regresó ante Codeman, que se agitaba escupiendo sangre y tosiendo. De nuevo se acuclilló ante él.

—Escucha, Cod...

Todo sucedió a la vez: el bramido de furia infinita de Codeman, el destello del acero, el rasgar de la carne de Uriah Nash y el grito ahogado de éste al sentir el frío del acero penetrando en su cuerpo... Todo en un instante brevísimo, mientras por instinto Uriah se impulsaba con las flexionadas piernas hacia atrás, escapando así a la segunda cuchillada que le lanzó Peter Codeman.

Uriah cayó de espaldas, y Codeman se puso rápida aunque torpemente en pie y, bramando como una bestia enloquecida, se abalanzó contra el *sheriff* de Wichita Falls dispuesto a todo, alzando el cuchillo. Uriah le vio llegar, giró hacia un lado, y Codeman cayó de bruces donde había estado un instante antes, clavando el cuchillo fuertemente en la tierra. Dio un grito de rabia, se revolvió en busca de Uriah Nash..., y recibió en plena boca un taconazo que lo derribó de espaldas. Casi enseguida, Uriah saltó sobre él, y su pie derecho, sólidamente calzado, cayó sobre la mano de Codeman, aplastándola contra el suelo, arrancándole el cuchillo, trozos de piel, y partiendo varios huesos.

El alarido de Codeman fue infrahumano, pero el *sheriff* de Wichita Falls se mostró inmisericorde. Le pateó el estómago y las costillas, asíó luego la sogá, la pasó por una rama del árbol y dio un tirón: Peter Codeman fue puesto en pie por la sogá que rodeaba su cuello y quedó sobre las puntas de las botas, aullando presa del terror, manoteando en busca de algo a qué asirse.

—¡Tú te lo has buscado! —fe gritó Uriah—. ¡Te voy a colgar, maldita sea tu estampa! ¡No te necesito para nada, sólo tengo que volver a Wichita Falls y arrancarles la verdad a aquellos dos idiotas amigos tuyos...! ¡Vete al infierno, perro!

—¡No! —aulló Codeman—. ¡Se lo diré, se lo diré, le diré quién lo planeó todo, quién nos dijo lo que teníamos que hacer...! ¡Se lo diré, lo juro!

—¡Ya no me interesa!

—¡Fue el señor Lowentall! ¡El señor Lowentall, de Vernon, fue él, él lo planeó todo, todo...!

—¡Vete al infierno!

La intención de Uriah Nash era asustar al máximo a Peter Codeman para luego seguir haciéndole preguntas que ya, sin duda, contestaría a toda prisa. Calculó bien sus fuerzas y sus movimientos, pero no calculó la reacción de Codeman, que se envaró tanto que su cuello quedó rígido. Al dar el tirón el *sheriff*, se oyó un crujido, pareció que la cabeza de Codeman se tronchase, y el cuerpo se relajó en el acto.

Durante unos segundos Uriah estuvo contemplando entre irritado y atónito el cadáver de Peter Codeman. Luego, tras soltar un gruñido, se limitó a anudar la cuerda al tronco del árbol, dejando a Codeman colgando con el cuello roto y la cara todavía más rota, así como el cuerpo destrozado por el «paseo» por el campo arrastrado por un caballo.

Uriah recurrió de nuevo a su petate de viaje urgente. Se sentó en el suelo, se quitó la ropa de cintura para arriba y se miró el tremendo corte que le había producido la cuchillada de Codeman.

—Debí comprender que un tipo como él siempre tiene alguna guardada... —masculló—. ¡Un cuchillo en la caña de la bota! ¡Tuve que pensarlo...!

Pareció recordar de pronto a Rebecca Mac Intire, y miró hacia ella. La muchacha estaba contemplando simplemente paralizada de espanto el colgado cadáver de Codeman. Uriah soltó un gruñido más y comenzó a sacar vendas. La señorita Mac Intire suspiró fuertemente, desvió la mirada del cadáver y la posó en el *sheriff*, cuyo costado izquierdo era un puro manchurrón de sangre, que parecía como de barro a la luz de la luna.

Rebecca se puso en pie, todavía sujetando las ropas de Uriah, y fue a arrodillarse delante de éste, que la miró torvamente.

—Ya ve que pasa por ser descuidado —masculló.

—Está usted muy pálido... —dijo ella—. Se va a desmayar.

—No diga tonterías. ¡Eso sí que estaría bueno!

—Déjeme qué le vende yo. Sé hacerlo.

—Ya sé que sabe nacerlo, pero no necesito su ayuda.

—¿Sabe que sé curar heridas? ¿Cómo lo sabe?

—Sé que dos días a la semana va a ayudar al doctor Prince al hospital de Wichita Falls.

—¿Y cómo lo sabe?

—Oiga, ¿qué quiere? ¿Una conversación social? ¡Déjeme en paz! ¿Y cómo hay que decirle las cosas a usted? ¡Vístase y regrese a Wichita Falls!, ¿no puede entender esto?

—Querrá decir que tenemos que regresar los dos.

—Yo no voy a regresar. Tengo otras cosas que hacer... ¿Por qué se cree que tenía tanto empeño en que Codeman me dejase suelto varias horas? ¿Para ir a buscar la llave de su padre?

—¿No era por eso?

—Escuche, señorita Mac Intire, usted puede hacer las cosas muy bien como enfermera, como dama de sociedad en su casa, como ayudante de su padre en el banco, y a lo mejor como cien cosas más..., ¡pero no se meta en mi terreno!

—Está bien. Regresemos los dos a Wichita Falls, eso es todo.

—Es usted de las de cabeza dura, ¿eh? ¡Deje en paz a Wichita Falls, que allá las cosas están funcionando sin que tengamos que preocuparnos!

—¿Qué es lo que piensa hacer usted?

—No le importa. Y no se lo voy a repetir: vístase y regrese.

Rebecca estuvo unos segundos mirándole. Luego se incorporó, y, bajo la inexpresiva mirada de Uriah Nash, terminó de desnudarse, tirando a un lado sus ropas destrozadas, y se puso los pantalones y la camisa de él. Uriah Nash cerró los ojos, y le pareció que todavía estaba viendo el espléndido cuerpo de la señorita Mac Intire como una estatua de plata. De repente sintió un zumbido en las sienes, y abrió los ojos, sobresaltado.

Ella estaba de nuevo arrodillada ante él, mirándole ansiosamente. Se podían ver ahora a la perfección a la luz de la luna, ya acostumbradas sobradamente sus pupilas.

—Vamos, no sea terco —susurró la muchacha—: déjeme que le cure yo.

Uriah Nash no dijo nada. Volvió a cerrar los ojos y dejó que Rebecca fuese haciendo. De cuando en cuando sentía como un escalofrío, y le parecía que en toda su piel el vello se convertía en finas agujas. Oía junto a él la respiración de Rebecca, y le parecía irreal... Así es la vida: un año y pico soñando con el momento en que pudiese relacionarse asiduamente con la señorita Mac Intire, y en cuestión de unas pocas horas de una sola tarde casi la había violado, en el cobertizo de la señora Rawlings.

Aunque... claro que no, ¡qué tontería! Jamás lo habría hecho, por supuesto. Pero la orgullosa y despectiva señorita Mac Intire bien se había ganado aquella lección, cuando menos un susto... Como fuese, ahora la

estaba oyendo respirar, algo que jamás se le habría ocurrido que pudiera conseguir. ¡Una cosa tan simple como respirar! Pero para que una persona oiga respirar a otra ha de estar muy cerca, y en circunstancias especiales..., que él jamás pensó que pudieran concurrir entre él y la señorita Mac Intire. Recordó de pronto cómo la había tratado en el cobertizo de la señora Rawlings. ¿Qué le había dicho...? Ah, sí: te voy a meter un polvo que se te reventarán las carnes de puro gusto, lo quieras tú o no... ¡Qué barbaridad, qué cosas de decirle a una señorita! Porque aunque ella fuese tan engreída que no quisiera tratos con un simple *sheriff*, él no tenía derecho a...

—¿Cómo se encuentra?

Uriah abrió los ojos sobresaltado, y vio los de ella fijos en él.

—¿Qué? —susurró.

—Ya está vendado. Tiene un buen corte, y es seguro que no tardando mucho volverá a sangrar, así que necesita una cura bien hecha. Lo sensato es que se ponga en manos del doctor Prince.

Uriah Nash parpadeó. No tenía la menor duda respecto a que la señorita Mac Intire tenía razón..., pero él no podía regresar ahora a Wichita Falls. Si aparecía en el hospital herido se enteraría todo el pueblo. Y si recurría secretamente al doctor Prince también se enteraría alguien, tarde o temprano. Y las noticias vuelan tanto, tan lejos y de modo tan imprevisto, que quizá llegasen incluso a los dos amigotes de Codeman que esperaban en la estafeta de Telégrafos. ¿Qué pensarían si se enteraban de que el *sheriff* Nash estaba herido... y su compañero Codeman no regresaba, no aparecía...?

Con seguridad que sus mentes no eran capaces de organizar un golpe como el del tren de Wichita Falls, pero tampoco había que engañarse uno mismo creyendo que eran tontos completos, así que tal vez pensaran que algo había ocurrido entre el *sheriff* Nash y su amigote Peter Codeman. ¿Y qué harían entonces? Pues, sencillamente, esto era tan imprevisible que Uriah se asustó. No, no podía correr ese riesgo.

Así que, sosteniendo la directa y ahora sorprendentemente plácida mirada de la señorita Mac Intire, dijo:

—No puedo volver a Wichita Falls.

—Si es por lo que estoy pensando, yo tampoco —dijo ella—. Si me ven los amigos de ese hombre, o saben que he vuelto sana y salva...

—¡Maldita sea! —exclamó Uriah.

—¿Yo?

—¿Eh...? No. ¡Claro que no! Sólo digo que ¡maldita sea mi estampa!

—Ah: su estampa... —la sonrisa de la señorita Mac Intire dejó turulato al *sheriff* de Wichita Falls—. Bueno, pues maldita sea su estampa. ¿Qué hacemos ahora?

—Tengo que ir a Vernon.

—Le acompañaré.

—Ni lo sueñe.

—Pues lo sueño... y voy a cumplirlo. ¿Qué quiere? ¿Dejarme sola por éstos lugares? ¿O tal vez pretende que vaya yo sola hasta Seymour? Y a Wichita Falls ya hemos quedado que no puedo volver, ¿verdad? A ver: si no voy con usted..., ¿qué hago? Y otra cosa: usted va a necesitar alguien que le vaya curando esa herida, se lo aseguro. O eso, o meterse en una cama.

—Tengo que ir a Vernon.

—De acuerdo: vayamos a Vernon.

—Está casi tan lejos como Seymour, por si no lo sabe.

—Sí lo sé. Pero si habría tenido que soportar el viaje hasta Seymour a la fuerza bien puedo soportar el viaje a Vernon por mi gusto y conveniencia.

Uriah Nash movió la cabeza. Sabía que su herida no tenía importancia en cuanto a riesgo de muerte, pero sabía también que era de esas heridas amplias, abiertas, que hacen perder mucha sangre. Es decir, que quizá la señorita Mac Intire tuviese razón y en cualquier momento él necesitase ayuda e incluso tuviera que detenerse y darse por vencido, si llegaba a perder demasiada sangre. La perspectiva de cabalgar cincuenta millas, y cruzar el Wichita River y sus lagos y riachuelos, acompañado de la señorita Mac Intire no era precisamente una fiesta. Así que, finalmente, encontró una solución intermedia que le pareció ideal:

—Vamos a regresar al camino, señorita Mac Intire —dijo—. Iremos los dos a Electra, que está a mitad de camino hacia Vernon. Allí yo podré recurrir a un médico, y usted se quedará hasta que esta situación se resuelva de un modo u otro.

—De acuerdo.

—Oiga, he dicho lo que vamos a hacer, no la he consultado —gruñó Uriah—, lo que significa que eso es lo que haremos, esté o no esté usted de acuerdo.

—De acuerdo.

—¿Quiere hacer el favor de dejar de decir de acuerdo? —pareció encolerizarse Uriah.

Rebecca optó por permanecer callada, y con ello acertó. El *sheriff* de Wichita Falls estuvo todavía reflexionando unos minutos, y finalmente

masculó:

—Bueno, no sé qué estamos esperando...

Montaron a caballo, Uriah en el suyo y Rebecca en el de Codeman, y partieron en busca del camino que los llevaría a Electra, llevando Uriah tras él el otro caballo. Todavía sería relativamente pronto cuando llegaran a Electra, de modo que si tenía la suerte de encontrar allá un médico que atendiera su herida podría seguir adelante con el plan que ahora todavía se le aparecía más claro, sabiendo que su destino final era Vernon, y que allá tenía que buscar a un hombre llamado Lowentall...

* * *

—¿Y ahora qué va a hacer usted? —preguntó el doctor Crolls, de Electra—. Se lo pregunto porque lo más sensato sería que tal como está se fuese directo a la cama.

—¿Tan mal estoy? —se inquietó Uriah.

—No, no es eso. Por suerte la herida no ha interesado órgano alguno, es de las más limpias que he visto en mi vida..., y el dolor estoy seguro de que un hombre como usted puede aguantarlo bien. Pero, a pesar de que le he hecho un vendaje especial, sé positivamente que si se mueve mucho volverá a sangrar. Por lo demás no hay problema..., si usted aguanta el dolor.

—Lo aguantaré.

—En lo que me parece que no voy a poder ayudarle mucho va a ser en lo de la camisa... —el menudo doctor Crolls se echó a reír—. ¡Ojalá mis camisas le fueran bien a usted!

—O las mías a usted... —consiguió sonreír Uriah, sentándose en la camilla—. Gracias por todo, doctor.

—Créame —movió éste la cabeza—: métase en la cama, muchacho.

Uriah asintió, y posó los pies en el suelo. Se sentía bastante bien, considerando las circunstancias. Habían llegado a Electra en poco más de hora y media, por supuesto él sangrando, pero Rebecca conocía al doctor Crolls, amigo del doctor Prince, y lo había llevado allá inmediatamente... Por cierto, se preguntó de pronto Uriah, ¿dónde estaba la señorita Mac Intire...?

La señorita Mac Intire apareció en aquel mismo momento en la sala de curas del doctor Crolls, portando unas ropas que tendió a Uriah.

—Son de su medida... —dijo—. Tan de su medida como si fuesen tuyas.

Uriah se dio cuenta de que eran precisamente las ropas que él había prestado a la muchacha. Ésta llevaba ahora ropas masculinas, pero de su

medida. Estaba claro que la señorita Mac Intire no había estado perdiendo el tiempo mientras el doctor Crolls le atendía a él. Uriah comenzó a ponerse su camisa, preguntando:

—¿De dónde ha sacado esas ropas?

—Me las ha prestado una amiga que tengo aquí, en Electra.

—¿Qué te ha contado usted a esa amiga? —se alarmó Uriah.

—Le he dicho que usted y yo estábamos haciendo el amor en un pajar, que mi padre nos sorprendió, y que tuvimos que salir huyendo desnudos, hasta que conseguimos unas ropas por ahí. Ahora seguimos huyendo, muy enamorados.

Uriah Nash estaba absolutamente pasmado, y no reaccionó hasta que, de pronto, el no menos sorprendido médico soltó una carcajada.

—¡Esto es algo digno de ser contado la próxima vez que nos reunamos con tu padre! —exclamó—. ¡Y no te digo lo que se va a reír Prince...!

—Sí, tiene mucha gracia —masculló Uriah—. Bien, la señorita Mac Intire se queda con usted, y recuerden los dos que...

—No me quedo —dijo Rebecca—. Le acompaño, con vendas y demás, por si vuelve a sangrar..., como así será. Y no iremos a caballo, sino en una calesa que me han prestado. Así podrá llegar usted mucho menos maltratado a Vernon. ¿No es una buena idea lo de la calesa, doctor Crolls?

—Pues francamente, sí —asintió el médico.

—Escuche usted, señorita Mac Intire... —empezó Uriah, amenazándola con un dedote.

—Podemos llevar su caballo detrás, por si luego lo necesita.

—No necesito que usted me diga lo que tengo que hacer... ¡Ni necesito que venga usted conmigo para nada!

—Pues le voy a decir una cosa, señor Nash: si no me lleva con usted voy a ir a ver al alguacil del pueblo, le voy a contar lo que ocurre, y le haré entender que un hombre solo, por muy *sheriff* Nash que sea, no puede afrontar solo este asunto, y que necesita ayuda. ¿Es eso lo que quiere?

—Señorita Mac Intire, quiero hacer esto yo solo, y le diré por qué no me fío de nadie, sé que hay cientos de tontos que por mucha buena voluntad que pusieran meterían la pata y lo echarían todo a rodar, así que tengo que hacerlo todo yo solo y con mucha cautela. Es el único modo de intentar algo... ¿Lo entiende?

—Desde luego. Pero yo iré con usted.

—No vendrá conmigo.

—Pues si no voy con usted, iré detrás de usted. Si usted fuese un hombre inteligente y reflexionase se daría cuenta de que lo de la calesa y mi compañía es lo mejor que podía ocurrirle.

Uriah Nash entornó los párpados, y estuvo unos segundos mirando de este modo casi siniestro a la muchacha, que soportó la mirada. Por fin, el *sheriff* de Wichita Falls asintió.

—Está bien —le tendió la mano a Crolls—. Hasta la vista, doctor, y gracias de nuevo. Y recuerde que debe guardar silencio.

—Sólo hasta el amanecer —recordó a su vez Crolls.

De nuevo asintió Uriah. Salió de la sala, y enseguida de la casa, frente a la cual estaba la calesa. Amarrado a la parte de atrás de ésta estaba el caballo de Uriah, el cual fue a darle un par de palmadas. Cuando se encaramó al pescante, Rebecca ya estaba allí, con las riendas en las manos. Sin darle tiempo a hacer el menor comentario, la muchacha sacudió las riendas, y el caballo que tiraba de la calesa se puso en movimiento. En menos de un minuto salieron del pueblo, y Rebecca preguntó:

—¿Qué vamos a hacer en Vernon?

—Yo voy a hacer algo en Vernon. En cuanto a usted, como estoy seguro de que también debe conocer a alguien allí, lo mejor será que vaya a visitar a sus amistades y se quede a pasar la noche con ellas. Bueno —titubeó de pronto Uriah—, se me ocurre que quizá sus amigos conozcan a alguien llamado Lowentall en Vernon.

—Seguro que sí —asintió Rebecca.

—Pues podría usted finalizar su ayuda preguntándoles quién es y dónde puedo encontrarlo..., pero todo muy discretamente, ¿comprende?

—Comprendo. Ya verá cómo le encuentro a ese Lowentall, señor Nash.

CAPÍTULO V

—Es el propietario del General Store —dijo Rebecca, apenas se sentó en la calesa junto a Uriah.

Éste, que había estado esperando impaciente y preocupado, suspiro fuertemente, y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, señorita Mac Intire. Gracias. Y ahora, regrese a casa de sus amigos...

—No tengo amigos en Vernon.

Uriah Nash creyó no haber entendido bien.

—¿Qué? —susurró.

—Que no tengo amigos en Vernon. No conozco a nadie aquí.

—Pero entonces... ¿dónde ha conseguido la información sobre Lowentall?

—Preguntando. Luego he visto el General Store y, en efecto, allá lo pone, en la fachada: propietario Georges Lowentall. El señor Lowentall vive encima de su tienda.

—Pero... ¿está loca? —casi gritó Uriah—. ¡Para hacer eso me bastaba yo solo! ¡no la necesitaba a usted!

—Son puntos de vista. Si el señor Lowentall me ha visto a mí no se habrá inquietado, pero tal vez sí se habría inquietado si hubiera visto merodeando su casa nada menos que el *sheriff* de Wichita Falls.

Uriah ahogó una maldición, se quitó la placa del pecho, y en el momento en que iba a decir algo que seguramente no habría sido muy agradable, vio a los dos hombres acercándose a la calesa. Procedían del centro de Vernon, donde todavía reinaba bastante animación en las cantinas y saloons y se veían hombres y chicas alegres en la calle Mayor. La crítica mirada de Uriah Nash catalogó rápidamente a los dos sujetos, y quedó fija en ellos, expectante.

De pronto los dos se detuvieron a unos veinte pasos de la calesa, y uno de ellos llamó:

—Eh, ustedes, vengan aquí.

Uriah apretó los labios y miró de reojo a Rebecca, en cuyo rostro había aparecido una expresión asustada.

—Oh, Dios mío —gimió la muchacha.

—¿No me han oído? ¡Vengan aquí! —exigió el mismo hombre.

Uriah Nash se apeó pausadamente del carruaje por un lado, mientras Rebecca lo hacía por el otro. Los dos hombres se habían colocado de modo que controlaban sobre todo a Uriah. El mismo que había hablado antes preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Para qué andan buscando al señor Lowentall? Usted, preciosa, acérquese y conteste.

—Soy yo quien busca a Lowentall... —dijo Uriah—. ¿Trabajan ustedes para él?

—¿Y usted quién es?

—Eso no les importa. Tengo negocios con Lowentall, eso es todo.

—¿Qué negocios?

—Oigan, si son amigos de Lowentall pueden acompañarme a visitarlo, y si no son amigos apártense de mi camino. ¿Está claro?

—Ustedes no son amigos de Lowentall, pues si lo fuesen no habrían tenido necesidad de andar preguntando quién es y dónde vive en Vernon. De modo que den un cuarto de vuelta y caminen hacia ese callejón..., usted con las manos sobre el sombrero, grandullón. Venga, muévase.

Uriah Nash asintió, inició el cuarto de vuelta y, de pronto, su mano derecha fue en busca del revólver.

Talmente como un rayo.

Desfundó, terminó de quedar de costado con respecto a los dos sujetos, y disparó contra el más charlatán por debajo de la axila. El sujeto en cuestión se había sobresaltado y había reaccionado en consecuencia, yendo en busca de su revólver, pero ni siquiera llegó a tocarlo: la bala disparada por el *sheriff* de Wichita Falls le alcanzó en el centro del pecho, y lo derribó con tremenda violencia revoleándolo sobre el polvo...

Pero esto ya era cosa antigua... Mientras el primer pistolero terminaba su trayectoria y su vida, el otro si había conseguido sacar su revólver, al tiempo que lanzaba una horrenda maldición... Murió con la maldición en los labios y el revólver en la mano a punto de apretar el gatillo. Sólo a punto, porque la bala disparada por Uriah Nash le acertó de lleno en la frente, que crujió de modo siniestro; sombrero y trozos de masa encefálica saltaron por el aire, reluciendo a la luz de los cercanos faroles de gas. El hombre se desplomó hacia atrás con la parte superior de la cabeza reventada.

Y todavía estaban resonando los dos disparos en la noche cuando ya Uriah Nash había enfundado su revólver y tendía una mano a Rebecca Mac Intire.

—Venga, señorita Mac Intire.

—Dios... ben, bendito...

—¡Venga, déjese de salmos ahora!

La agarró de un brazo y tiró de ella precisamente hacia el callejón en el cual los dos sujetos habían pretendido introducirlos, por supuesto con las peores intenciones del mundo. Rebecca corría tropezando junto a Uriah, pero éste consiguió llegar al callejón antes de que desde el centro de Vernon comenzaran a acercarse los curiosos. Se oían algunas voces, y en alguna parte ladró un perro... Un cambio de viento llevó al lugar música procedente de uno de los saloons.

Uriah y Rebecca se esfumaron en la oscuridad del callejón. Sólo entonces se detuvo el *sheriff* de Wichita Falls.

—¿Hacia dónde cae exactamente el General Store? —gruñó Uriah.

—Lo siento... ¡Siento tanto lo ocurrido! Sólo quería ayudarle... Ellos debieron verme preguntando...

—Señorita Mac Intire, no es momento para arrepentimientos... Sólo dígame dónde está exactamente el almacén de Lowentall, y luego se quedará aquí esperándome. ¿Está claro? ¡Y no se moverá de aquí para nada! Bien: ¿dónde está exactamente el General Store?

—Está... casi en la otra punta del pueblo, en... en la acera de este lado...

—¿Vio la estafeta de Telégrafos?

—Sí, sí... Oh, sí.

—¡Pues dígame dónde está, no vamos a pasarnos la noche de conversación!

—Está... un poco más allá de la plaza, en la otra acera.

—Bien. Bien. Como se mueva usted de aquí le voy a dar una paliza que tardará un mes en poder sentarse. ¿Me he explicado?

Ni siquiera le dio tiempo a contestar. La dejó en la oscuridad, y él desapareció, alejándose rápidamente por la parte de atrás de las casas que daban a la calle Mayor de Vernon.

Un minuto más tarde, mientras bastantes curiosos se dirigían hacia el lugar de la brevísima pelea, Uriah Nash aparecía tranquilamente en la calle Mayor, como si saliera de una de las cantinas. Oía comentarios de toda clase respecto a los disparos, pero no les prestaba atención... Se quedó mirando la estafeta de Telégrafos, sita en la acera de enfrente. Dentro no se veía luz, parecía cerrada con toda normalidad, como cada día, pero Uriah sabía que

dentro había dos hombres y el empleado de la Western Union, controlando el telégrafo. Bien, éstos podían esperar.

Pasó a la otra acera, y fue caminando sin prisas pero decidido hacia la salida del pueblo, hasta que, frente a él, de pronto, vio el General Store. Era un edificio de dos pisos, de piedra y madera. La parte de abajo estaba a oscuras, pero en una ventana del piso de arriba había luz. Por supuesto que el tal Lowentall debía estar desvelado, por supuesto.

Un poco más allá vio la oficina del *sheriff*, y, tras titubear un instante, se encaminó hacia allí. Cuando entró en ella no había nadie. Estaba abierta, había luz, pero no había nadie allí. Echó un vistazo al departamento de celdas, en las cuales no había nadie tampoco, ni dentro ni fuera. Regresó a la oficina, y entonces casi se dio de narices con un sujeto que se quedó mirándolo con irritación.

—Hey, amigo, ¿de dónde sale usted? ¿Qué hacía ahí dentro?

—Estoy buscando al *sheriff* —replicó Uriah.

—Pues no está. Yo ocupo su lugar ahora. ¿En qué puedo servirle?

—¿Dónde está el *sheriff*?

—Se fue a lo del tren... y todavía no ha vuelto. ¿Y usted quién es?

—¿Qué es lo del tren?

—Está detenido no muy lejos de aquí, dicen que de una avería, pero el *sheriff* se olió algo extraño y se fue para allá. Y tiene que estar pasando algo raro, desde luego. Oiga, usted pregunta mucho, ¿eh?

—Soy amigo de Rossen.

—Ah, ¿de veras es amigo del *sheriff*? Bueno, eso es otra cosa. ¿Lo va a esperar? Es que acaban de cargarse a dos tipos ahí fuera y tengo que ir a ocuparme de...

—¿Los conocía usted?

—No. Eran un par de tipos que habían llegado hace dos o tres días. Gente poco recomendable, estoy seguro. Bueno, ¿va a esperar al *sheriff*?

—No. No tengo tiempo. ¿Cómo se llama usted?

—Tom Dewey. ¿Y usted?

—Uriah Nash.

—Bien. Le diré al... ¡Coño! —el ayudante del *sheriff* de Vernon dio un brinco tremendo—. ¿Es usted el famoso *sheriff* de Wichita Falls?

—Soy el *sheriff* de Wichita Falls —frunció el ceño Uriah—. Escuche, muchacho, están ocurriendo cosas muy peligrosas, y voy a necesitar su colaboración. Para empezar: ¿conoce bien al General Store?

—Pues... sí, claro.

—Supongo que tiene una puerta detrás...

* * *

—¿Has oído, George?

George Lowentall, que estaba fumando nerviosamente sentado en una butaca del dormitorio matrimonial, miró a su esposa, que se hallaba en el gran lecho.

—No, no he oído nada —gruñó.

—Pues yo sí. No me sorprendería nada que hubiera algún ladrón abajo.

—¡Qué huevos de ladrón ni qué...!

—Ve abajo a ver qué pasa, George.

Lowentall se quedó mirando sombríamente a su esposa. Bueno, él no era precisamente un guapo mozo. Tenía cincuenta años, era calvo, bajo, gordo, y encima, ataviado con la camisa de dormir y las pantuflas, no se podía decir que pudiera enamorar ni a una vaca ciega. Pero su esposa era peor, porque mientras él se limitaba a no ser guapo, ella era fea con rabia. Alta no menos de un palmo por encima de él, gorda como seis vacas, fuerte como veinte mulas, bigotuda, musculosa, malgeniada... y lista. Lo peor era lo de lista, porque a una mujer se le puede soportar que sea fea, pero cuando son listas ya no hay quien pueda con ellas...

—¿No me has oído? ¡Ve abajo a ver qué pasa!

—Sí, querida.

George Lowentall se puso en pie, con lo que todavía resultó más grotescamente ridículo, y fue hacia la puerta del dormitorio, detrás de la cual había colgada hacía tiempo una flamante carabina Marlin de cinco tiros. Cosas de su esposa, siempre tan prevenida y desconfiada... Descolgó la carabina, la empuñó no muy convencido y se dispuso a salir del dormitorio.

Casi se tragó la punta del revólver de Uriah Nash, que apareció de pronto ante su rostro. George Lowentall soltó un respingo fortísimo que lo atragantó y lo forzó a un acceso de tos que no le resultó precisamente conveniente. Cuando se recuperó lo suficiente para intentar reaccionar en algún sentido hacía ya siglos que su carabina estaba en la mano izquierda de Uriah, el cual le contemplaba con una expresión entre incrédula y perversa. Desde la amplia cama matrimonial la señora Lowentall contemplaba con expresión desorbitada aquel ejemplar masculino tan diferente a su marido que parecían seres distintos.

—Parece usted muy impresionable, señor Lowentall..., lo cual resulta chocante en un hombre que ha organizado el golpe del tren de Wichita Falls —deslizó suavemente Uriah.

—¿Quién... quién es usted? —jadeó Lowentall—. ¡No tiene derecho a entrar en mi casa...!

—¿Quiere que le parta la boca a culatazos? —propuso Uriah—. Apuesto a que no, ¿verdad? Pues entonces vaya a sentarse en aquella butaca, con las manos sobre la cabeza y permanezca quieto. Todo lo que tiene que hacer es hablar, señor Lowentall. ¿Comprendido? ¡Vaya a sentarse!

Lowentall casi salió disparado hacia la butaca que había ocupado antes, y se sentó de nuevo. Uriah Nash lanzó un veloz vistazo por todo el dormitorio, y luego miró a la señora Lowentall, que continuaba contemplándole como fascinada.

—Esto no va con usted, señora —murmuró Uriah—. Quédese ahí tranquilamente y todo terminará bien para usted.

—Usted... usted es un ladrón...

—No, señora. Soy Uriah Nash, el *sheriff* de Wichita Falls. Esto quizá no le diga nada a usted, pero se lo dice todo a su marido. ¿No es cierto, señor Lowentall?

Éste tragó saliva y se pasó la lengua por los labios. Uriah entornó los párpados, con aquel gesto suyo de atención, casi de desconfianza. La actitud entre timorata y pasiva de George Lowentall no le convencía en absoluto, así que volvió a mirar alrededor en busca de algo que representase peligro para él. No encontró nada, y volvió a dedicar toda su atención a Lowentall.

—Le he hecho una pregunta, señor Lowentall: usted sabe por qué estoy aquí, ¿no es cierto?

—Creo... que sí.

—Bien... —Uriah estaba cada vez más confuso e intranquilo, algo no estaba funcionando con lógica allí—. Vamos a ser breves y claros. Para serle sincero el hecho de que usted consiga todo el dinero de los bancos de Wichita Falls me preocupa bien poco. Es sólo dinero..., aunque por supuesto mi obligación es recuperarlo, y eso haría. Pero hablemos de esas doscientas y pico de personas, casi trescientas, que ocupan el tren que está detenido en el puente... ¿Cómo está la situación, dónde están apostados sus hombres, cuántos son, qué órdenes tienen?

—No... no sé exactamente...

—No soy una persona truculenta ni dada a las amenazas, señor Lowentall, pero esta situación es especial, de modo que tengo que recurrir a

procedimientos especiales. ¿Le gustaría a usted que le arrancase la cabellera... después de cortarle las orejas?

George Lowentall comenzó a tartamudear, y Uriah continuó contemplándolo con desconfianza. ¿Realmente pretendía aquel hombrecillo engañar con trucos tontos a un hombre como él? La mirada de Uriah saltó vivamente hacia la señora Lowentall, que se había movido. La vio desplazando su tremendo volumen hacia el borde de la cama, y gruñó:

—¿Qué hace usted, señora? ¡No se mueva de ahí!

—Es... es que me... me estoy... orinando y...

—Tendrá que esperar. No puede salir del dormitorio ahora.

—Es que te-tengo un... un recipiente en... en el armario... Cuando estuve enferma me... ¡Tengo que orinar! —aulló entre sollozos.

Era una situación absurda. La mirada de Uriah regresó rápidamente hacia George Lowentall, que se había movido levemente. De nuevo entornó los párpados el *sheriff* de Wichita Falls.

—Muy bien —dijo secamente—, saque su orinal y haga lo que tenga que hacer. Usted no mueva ni una pestaña, Lowentall. Y sigamos conversando sobre el tren. Necesito saber cuántos, hombres tiene exactamente y dónde están emboscados exactamente. Sobre todo los de la dinamita. Tiene que entenderlo: si ese tren llega a caer al barranco, yo personalmente lo entregaré a usted a la masa para que lo linchen..., o hagan con usted lo que quieran. Vamos, reflexione, Lowentall: están en juego casi trescientas vidas... ¿Cómo se le pudo ocurrir semejante barbaridad?

Los ojos de George Lowentall parecían a punto de saltar de las órbitas. Miró hacia su esposa, que estaba acucillada al otro lado de la cama, tras haber abierto el armario y retirado de él el recipiente de gruesa loza. Sí, era una situación absurda. Uriah incluso oía el rumor de la micción de la enorme mujer. Ésta terminó, se puso en pie, regresó hacia el armario. Sus nalgas eran enormes, y sus pechos parecían nalgas de una persona normal bailoteando bajo la gruesa tela del camisón...

Si ella se hubiese movido normalmente en todo momento habría engañado definitivamente a Uriah Nash. Pero sus nervios la traicionaron en el último segundo, cuando, con la escopeta recortada en las manos se volvió velozmente hacia Uriah en lugar de hacerlo con calma y siguiendo su ritmo normal de movimientos.

Uriah captó ese cambio de velocidad en la mujerona, volvió la cabeza de nuevo hacia ella, y la vio girando, con la escopeta de dos cañones en las manos y una horripilante mueca de furia en su feísimo rostro peludo y hostil.

Por décimas de segundo se libró Uriah Nash de la tremenda perdigonada. Lanzando una exclamación saltó hacia un lado, extendió el brazo armado con la pistola, y disparó. Gritó al recibir tres o cuatro pequeños perdigones de la periferia del radio de acción del disparo, oyó gritar a George Lowentall agudamente, y oyó el bramido de la mujerona cuando la bala del 45 se clavó con acolchado impacto sobre su enorme seno izquierdo, arrancando en el acto una salpicadura de sangre y dibujando una flor sobre el blanco camisón.

Todos los sonidos parecían mezclarse, todo sucedía a la vez: el estampido de la escopeta, el disparo de Uriah, los gritos de éste, de Lowentall, de su mujer, el sonido de los cristales de la ventana, reventados por la masa central de perdigones, el ruido del orinal al rodar por el suelo, el golpe del cuerpo de la señora Lowentall contra el armario..., y finalmente el blando golpetazo de su mole contra el suelo, adonde llegó de bruces, rebotó como si fuese de goma maciza, y quedó cara al techo, con los ojos abiertos, el bigote torcido hacia un lado debido a la feroz crispación final de sus espantosas facciones...

Uriah Nash, que la contemplaba sobresaltado como nunca en su vida, se volvió de pronto hacia George Lowentall, encarando el revólver hacia él, temiendo alguna reacción por su parte. Pero, todavía sentado en la butaca, el señor Lowentall tenía el rostro y el pecho cubierto de sangre, debido a los numerosos perdigones que le habían alcanzado, y, justo entonces, comenzó a lloriquear.

—¡No he sido yo, ha sido ella, ella lo planeó todo y me obligó a dar la cara, ha sido ella, ella...!

Uriah estaba como quien ve visiones. De pronto corrió hacia la destrozada ventana, terminó de abrirla y se asomó por encima del porche.

—¡Dewey! —gritó—. ¡La estafeta, la estafeta...!

—¡Voy allá! —oyó la voz del ayudante del *sheriff* Rossen.

Uriah se volvió hacia el centro de la habitación y apuntó a Lowentall con el revólver.

—¡Usted no se mueva de aquí! —ordenó.

Salió como una tromba de la habitación, bajó a la tienda en tres zancadas, la cruzó derribando todo cuanto encontró a su paso en la semioscuridad, y llegó ante la puerta de cristales que permitía el paso de la luz de los faroles de la calle. Sin pensárselo dos veces disparó contra la cerradura de la puerta, casi terminó de arrancar ésta de un tirón, y salió a la calle, echando a correr en dirección a la estafeta de la Western Union.

Por delante de él corría Tom Dewey, que hizo una cosa verdaderamente asombrosa y admirable, y que requería valor e imaginación: nada más llegar

al porche de la estafeta, en lugar de intentar abrir la puerta o hacer cualquier otro intento se lanzó contra la ventana, reventándola estrepitosamente y cayendo al interior con una lluvia de cristales. Casi al mismo tiempo se abría la puerta de la estafeta y aparecía un hombre, revólver en mano.

Uriah Nash no se lo pensó ni un instante. Alzó el revólver y disparó, desde más de treinta metros. El hombre lanzó un berrido, que se confundió con los dos disparos que sonaron dentro de la estafeta, y girando fue a dar contra la facha de ésta, para caer de espaldas en el porche, al cual llegó Uriah en veloces zancadas.

—¡Dewey! —llamó.

—¡Pase, Nash!

La gente corría hacia la estafeta, saliendo de las cantinas. Uriah entró, aunque rápidamente y echándose a un lado, todavía revólver en mano...

—No se preocupe, todo está bien aquí... —dijo Dewey—. ¿Tiene cerillas?

Uriah rascó una cerilla en la pared, y entonces pudo ver al empleado de la estafeta colocando el quinqué sobre el mostrador; se acercó, lo encendió y se dio cuenta de que el hombre estaba lívido. Tom Dewey se apoyaba en el mostrador junto a él. En la parte de atrás, todavía empuñando un revólver, había un hombre muerto.

El empleado de la estafeta comenzó a tartamudear, pero Uriah lo interrumpió:

—Tranquilícese: ya sabemos de qué va. ¿Está herido, Dewey?

—Sí... Poca cosa, pero me acertó en el costado, este cochino. Tendrán que hacerme un buen remiendo, porque...

—¡Uriah! —sonó la voz de Rebecca Mac Intire en la puerta de la estafeta—. ¡Creo que se escapa el señor Lowentall!

Uriah respingó, corrió a la puerta, y se volvió desde allí.

—¡Dewey, recuerde todo lo que le tiene que hacer! ¡Yo tengo que salir detrás de Lowentall!

El porche estaba lleno de gente, que contemplaban al hombre muerto y a Rebecca, a la cual agarró Uriah de un brazo llevándosela de allí casi en volandas y atrayendo ambos por fin la atención general.

—¡Le dije que se quedara en el callejón!

—No quise estar lejos de usted... ¡El señor Lowentall, si él es el hombre que ha salido del General Store, ha escapado a caballo! ¡Iba en camisón de dormir!

Uriah soltó el brazo de la muchacha, apretó el pasó y llegó adonde habían dejado la calesa y su caballo amarrado a éste. Saltó sobre el caballo, lo soltó y sin necesidad de indicación alguna lo lanzó en dirección adonde estaba detenido el tren de Wichita Falls.

CAPÍTULO VI

Había dejado de cabalgar, porque había oído tras él el galope de un caballo. Había saltado del suyo, y se había escondido entre unos arbustos, con la carabina Marlin en las temblorosas manos. Si le perseguían varios hombres no daría señal alguna de su presencia, pero si se trataba de uno solo lo mataría y continuaría su fuga... ¡Maldito *sheriff* de Wichita Fall!

Y precisamente, a la luz de la luna en cuarto creciente, distinguió con toda perfección al solitario jinete que había partido en su persecución: ¡el maldito tipo de Wichita Falls! Así que George Lowentall se echó la carabina al hombro, apuntó, y disparó...

A unos cuarenta metros pareció talmente que el caballo de Uriah Nash se hubiese vuelto loco de pronto al efectuar el tremendo salto. El jinete salió despedido de la silla, y desapareció tras la oscuridad de unos matorrales; el caballo rodó, se incorporó relinchando aterrado, y emprendió un enloquecido galope. George Lowentall comenzó a maldecir.

Pero se calló de pronto; sí había matado a Nash, bien, pero si el *sheriff* estaba vivo lo iba a localizar precisamente por su voz... No se oía en aquel momento más que el galope: el caballo de Nash huyendo..., y de pronto cesó. El animal debía haberse detenido. Se hizo el silencio total. Y luego George Lowentall comenzó a oír chirridos de insectos, ruidos extraños, roces... En alguna parte parecieron crujir unas piedras. Lowentall se volvió hacia allí y disparó. Oyó una exclamación de sobresalto, y, al mismo tiempo, una sombra gigantesca apareció ante él. En el mismo instante en que reconocía a Uriah Nash recibía el tremendo puñetazo en la barbilla, que se la partió y lo envió a disfrutar de un profundo sueño.

Fue Uriah quien lanzó entonces una maldición, llamando acto seguido:

—¡Señorita Mac Intire!

—Sí, e-e-estoy... estoy aquí...

—¡Ya sé que está ahí, y él también la había oído, y ha podido matarla! Pero... maldita sea mi estampa... ¿Está usted loca?

La muchacha apareció ante Nash. Su rostro se veía del mismo color de la luna.

—Yo... yo le seguí con la calesa por si...

—¿Está usted bien?

—Sí, sí...

Uriah pareció que fuese a lanzarse a emitir un chorro de maldiciones, pero de pronto se llevó la mano al costado, y la retiró manchada de sangre. Suspiró como desalentado o resignado, y farfulló:

—Vaya a buscar la calesa. La verdad es que necesito un buen parche en este agujero. Pero sin quitarme este vendaje: bastara poner otro encima, ¿de acuerdo...? ¡No diga nada, no se le ocurra decir «de acuerdo»!

—E-está... bien...

Uriah se inclinó sobre Lowentall, lo agarró por la camisa de dormir, y lo arrastró hacia unos arbustos, a los cuales lo amarró con tiras de la camisa de dormir, de modo que Lowentall quedó prácticamente desnudo. Tal vez fue el frío de la noche lo que reanimó a Lowentall, que en cuanto captó la realidad de la situación en que se hallaba comenzó a sollozar y a acusar a su mujer de haber sido la directora de todo el asunto. Uriah se limitó a darle un brutal puñetazo en el estómago que dejó sin aliento al hombre, y se incorporó.

Tras silbar varias veces consiguió que su caballo regresara; estaba herido en un lado del pecho, parecía haber recibido una enorme cuchillada. El *sheriff* de Wichita Falls le dio unas palmadas en el cuello.

—Muchacho, vamos a salir los dos bien tronados de este asunto, pero de momento aguantamos. Vamos, tranquilízate.

Retiro el petate de la silla de montar, buscó entre los pocos utensilios, y encontró el cuchillo. Con él en la mano regresó ante Lowentall, y le mostró el arma.

—Le voy a cortar los tendones de las piernas y lo dejaré aquí, Lowentall..., a menos que lleguemos a un acuerdo rápido y bien claro. Y le advierto que no dispongo de tiempo para perderlo en discusiones.

Lowentall, que todavía no se había recuperado del todo del tremendo trastazo que le había partido la mandíbula, terminó de despejarse totalmente, y de nuevo arremetió contra su mujer:

—¡Todo lo planeó ella, esa maldita bruja...! ¡Se lo juro!

—Eso ya no importa —Uriah se acuclilló ante el tendero—. Ya le hice las preguntas en su casa, de modo que no tendría que repetir las, pero lo haré. Escuche bien, Lowentall: en estos momentos el ayudante del *sheriff* Rossen está controlando la estafeta de Vernon, de modo que si los hombres que

ustedes enviaron a Wichita Falls utilizan el telégrafo recibirán respuesta, pues Dewey sabe que se llaman Craig y Norton. Lo sucedido en Vernon tampoco va a trascender, porque Dewey controlará la situación, aunque esté herido. Los dos hombres que quisieron matarnos a la señorita Mac Intire y a mí en Vernon están muertos, de modo que ya no podrían ser utilizados en modo alguno por ustedes para enviar mensajes de urgencia a los que están reteniendo el tren... Porque era para eso que se quedaron esos dos hombres en Vernon, ¿no es así?

—Sí... Sí, sí. ¡Pero le juro...!

—Está bien, maldito sea, todo lo tramó su esposa, ¿qué demonios importa eso ahora?

—Ella... ella quería... marcharse de aquí, al Este, con mucho dinero. Estaba harta de la tienda, de la gente de aquí, de no salir nunca de tenderos miserables... ¡Quería irse al Este a vivir como una gran dama rica! ¡La muy asquerosa!

—De acuerdo. Pero usted le ayudó, hizo lo que ella no podía hacer sin llamar demasiado la atención: fue a contratar hombres por ahí, se entendió con ellos, les dio las instrucciones. Muy bien, el plan era de su esposa, pero usted la secundó..., y no me venga ahora con monsergas. No es usted más que un cerdito cobarde, Lowentall, pero le haré un trato: conteste a mis preguntas y le prometo que no le cortaré los tendones de los brazos y las piernas ni lo colgaré por los testículos de cualquier árbol, sino que lo entregaré al juez... Piense que si al tren no le ocurre nada saldrá usted del paso con unos cuantos años de cárcel. Pero si no me ayuda...

Movió la cabeza con gesto de pesar. Lowentall se imaginó el cuadro que había descrito tan meticulosamente el *sheriff* de Wichita Falls: cortados los tendones y colgado de un árbol por los... ¿Podía hacer esto un *sheriff*? La respuesta estaba clara: no, no podía. Pero Lowentall sabía que Uriah Nash lo iba a hacer.

—Está bien —susurró—. Le diré todo lo que quiera saber..., ¡pero no se olvide luego de lo prometido! Además, quiero... quiero una manta, ¡tengo mucho frío! Y quiero... quiero que me suelte...

Los dos oyeron el rodar de la calesa. Uriah se incorporó, y acudió al encuentro de Rebecca, que nada más saltar del vehículo retiró de éste el maletín que contenía vendas y útiles para atender la herida de Uriah:

—Apuesto a que no tiene una manta —gruñó el *sheriff*.

—Sí que la tengo, en la caja de la calesa. No una, sino dos.

—¿De veras?

—Claro. Pensé que podríamos necesitarlas.

—Oiga —Nash movió la cabeza con gesto entre admirativo y perplejo—: ¿no estaría usted trabajando antes con los rurales de Texas, por casualidad?

—¿Con los...? ¡Claro que no!

—Pues lo parece. Y en cuanto a terca... Bueno, le aseguro que no he conocido a nadie tan terca como usted. Créame, si yo fuese un forajido, y tuviese que escapar de una persecución en la que interviniera usted, ni me molestaría en emprender la fuga. ¿Para qué?

—No sé si le comprendo.

—Estoy diciendo que para despistarla a usted está claro, que hay que ser algo más que *sheriff*. Pero bueno, está aquí y finalmente voy a encontrarle una buena utilidad: cuando este sujeto haya terminado de darme las explicaciones que necesito lo meteremos en la calesa, y usted lo llevará a Vernon... y se quedará allí. ¿De acuerdo?

—No.

—Pues estupen... ¡Cómo que no!

—Yo prefiero seguir con usted.

Uriah Nash se quedó mirándola fijamente a la luz de la luna. De pronto sonrió sardónicamente, y dijo:

—Ya sé de qué va el asunto. A usted no le basta saber de números, ni tener conocimientos de enfermera, ni saber montar, cabalgar y yo qué sé cuántas cosas más... ¡Usted lo que está haciendo es prepararse para presentarse a las próximas elecciones de *sheriff* en Wichita Falls!

—¿Sabe, señor Nash, que casi resulta usted simpático en ocasiones? —sonrió la muchacha.

—¡Qué me dice usted, señorita Mac Intire! Y ahora hasta descubriré que tengo dos ojos y que camino como un ser humano; luego, incluso tal vez llegue a admitir alguna vez no sólo que soy un ser humano, sino que existo. ¿Qué le parece? ¡Han tenido que secuestrar el tren de Wichita Falls para que usted se enterase de que Uriah Nash está en el mundo! Ah, no, espere... Creo que ya se había dado cuenta, pero me consideraba algo así como un parásito, ¿no?

—¿Y cómo me consideraba usted a mí?

—No sé si le gustará escuchar la verdad...

—¡Me voy a morir de frío! —protestó Lowentall, con su voz tan rota como su mandíbula.

—Nos habíamos olvidado de ese pobre hombre —dijo Rebecca—. Y me extraña en usted, señor Nash. Del mismo modo que me extraña que se ponga

a conversar conmigo, lo que es una pérdida de tiempo, ¿no le parece? Me refiero ahora concretamente a que cuanto antes hagamos algo por los del tren será mejor.

—Señorita Mac Intire —gruñó Nash—, si conseguimos regresar a Wichita Falls tal vez me ponga en sus manos para que me enseñe de números, y a curar granos de señoras y culitos de nenes, pero se lo voy a decir otra vez y será la última: cuando se trate de mi trabajo..., ¿será tan amable de mantener cerrada la boca?

—Ya vuelve a ser antipático.

—Bueno, déjeme en paz, ¿quiere? Y vamos...

—Espere —ella le retuvo por una manga—. Dígame la verdad de cómo me consideraba usted a mí antes de que ocurriera esto.

—Ya se lo dije: una rica orgullosa que no veía ni siquiera a los que la rodean.

—¿Y... cómo me considera ahora?

—Una mula terca..., pero útil en ocasiones.

—¿Pues sabe qué es usted, señor Nash? —se encolerizó Rebecca.

—Creo saberlo..., pero apostararía a que usted me ofrece una nueva versión de mí mismo.

—¡Es usted... un... un...!

—¿Un modesto e insignificante servidor de la ley?

—Un... ¡un pollino con revólver!

—Caray —sonrió Uriah—. ¡Caray, eso es todavía peor que ser servidor de la ley! ¿O no?

—¿Sabe qué le digo? ¡Qué le va a curar su padre!

—Caray —repitió Uriah—. ¡A ver si va a resultar que es usted una de esas mujeres de mal genio, como la señora Lowentall, que acabó criando un bigotazo tremendo!

—¡Tengo frío! —aulló Lowentall.

—¡Estúpido!

—¿Lo ve, Lowentall? —sonrió guasonamente Uriah—. A las mujeres no hay quien las entienda: dice usted que tiene frío y ella le llama estúpido... ¿Tiene eso sentido?

—¡Le he llamado estúpido a usted! —gritó Rebecca.

—Ah. Aaaaah... Muy amable. Bueno, vamos a abrigar un poco al pobre señor Lowentall y a conversar un ratito con él.

Veinte minutos más tarde, Lowentall ya no tenía frío, y, sentado ante él con las piernas cruzadas, Uriah terminaba sus machaconas y meticulosas

preguntas respecto al plan de asalto del tren con todos sus detalles, cuántos hombres habían intervenido directamente, dónde estaba colocada la carga de dinamita y dónde los hombres que en un momento dado se encargarían de hacerla explotar... Sin descanso, machaconamente, Uriah Nash lo fue preguntando todo una y otra vez, repitiendo a propósito las preguntas, aunque de modo diferente, para ver si cazaba a Lowentall en alguna mentira.

Pero, al parecer, Lowentall se había resignado a padecer del mal el menos, es decir, unos años de cárcel si el tren no sufría percance alguno, y no se contradijo ni una sola vez. De este modo, finalmente, Uriah Nash conocía todos los detalles y la ubicación de todos y cada uno de los asaltantes como si todo lo hubiese planeado él mismo.

—De acuerdo —dijo por fin—, ahora usted y la señorita Mac Intire regresarán a Vernon en la calesa, y yo me quedaré por aquí esperando que se oculte la luna..., lo que todavía tardará no menos de una hora... ¿Qué le pasa a usted ahora? —miró a Rebecca, que había lanzado una exclamación.

—¿Es por eso que parece un tonto perdiendo el tiempo? —susurró ella—. ¿Está esperando que no haya luna para ir al tren...?

—¿Qué otra cosa pensaba? —gruñó Uriah—. ¿Que soy de los que gustan de perder el tiempo en conversaciones tontas?

—Lo... lo siento, pero me pareció... Lo siento, Uriah.

—Usted siempre lo está sintiendo —masculló el *sheriff*—. A ver si hace lo que le digo y así no tendrá que sentir alguna otra cosa. Vamos a colocar a Lowentall en la calesa, usted regresará con él a Vernon, y se quedará allí. Se quedará allí. ¿Está claro?

—¿Y si usted necesitase ayuda?

—Señorita Mac Intire: si necesitase ayuda para un caso como éste no me habría costado demasiado reunir cien hombres armados. Pero dígame: ¿cree usted que cien hombres podrían impedir que un par de criminales hicieran explotar esa carga de dinamita, tal como ha explicado el señor Lowentall que están emboscados y preparados?

—No —tembló la voz de la muchacha—. Pero si va usted solo...

—¿Qué?

—Pu-pueden... pueden... matarlo...

—¡No me diga! Vaya, esto sí que es chocante: un *sheriff* al que pueden matar unos forajidos... ¡Nunca se me habría ocurrido! Hasta ahora estaba convencido de que ser *sheriff* era una bicoca de las más grandes: buen sueldo, buenos vecinos, buena vida, ningún riesgo... ¿O quizá era eso lo que pensaba usted?

—Escuche, lo que yo pensaba y sigo pensando...

—La conversación ha terminado —cortó Nash—. Pero no lo tome como descortesía: es que la luna tardará menos de lo que yo pensaba en ocultarse... debido a esos nubarrones. Feliz regreso a Vernon.

Poco después, silenciosa y sombría, Rebecca Mac Intire emprendía el regreso a Vernon, guiando la calesa, en cuya parte de atrás iba tirado como un saco el pobre señor Lowentall, y, amarrado a la barra trasera, el caballo del *sheriff*, con el encargo especial para la señorita Mac Intire de que lo atendiese en su herida «como si del mismísimo *sheriff* se tratase».

En cuanto a éste, simplemente, se hallaba solo, herido, y a pie a una distancia de casi dos millas del lugar donde se hallaba detenido, sobre un puente, el tren de Wichita Falls.

CAPÍTULO VII

Al principio las órdenes habían sido que el tren permaneciese a oscuras detenido sobre el puente, pero se calculó la posibilidad de que alguno de los pasajeros intentase aprovechar esto para escapar, y entonces se procedió a encender la iluminación habitual.

Luego, había otro motivo por el que el grupo de asaltantes optaron también por encender las luces; el *sheriff* de Vernon, el tal Rossen, que había aparecido por allí acompañado de tres hombres en plan de curioso, y al que había sido necesario pararle los pies. Sin malos modales: se le había dicho que si no volvía grupas y regresaba a Vernon algunos pasajeros del tren iban a ser sacrificados.

Así las cosas, era imposible pretender ocultar por más tiempo que el tren de Wichita Falls no estaba en dificultades técnicas, sino en dificultades humanas. En consecuencia con esto, y temiendo que la oscuridad fuese aprovechada por alguien para buscar complicaciones, se decidió iluminar el tren.

¿Qué importaba que todo el mundo se enterase de lo que sucedía? A fin de cuentas los asaltantes tenían todas las de ganar. Les bastaba la simple amenaza de hacer caer el tren al precipicio para que nadie se atreviera a acercarse por allí. El *sheriff* Rossen lo había hecho, y en cuanto fue puesto guasonamente en antecedentes por dos de los pistoleros que merodeaban cerca del tren se apresuró a alejarse.

¿Qué se podía hacer?

Nada.

Nada, salvo pagar, entregar los caballos, víveres y demás, junto con todo el dinero de todos los bancos de Wichita Falls. Una vez tuviesen el dinero los asaltantes dejarían libre el tren y pasarían a Oklahoma... Al menos esto era lo que creían los propios asaltantes.

Solamente dos de ellos, precisamente los encargados de la dinamita colocada en cierto lugar del puente, y Peter Codeman, sabían la verdad. Una verdad que habría puesto los pelos de punta a todo el mundo de haberla

sabido: el tren jamás terminaría su viaje; indefectiblemente, pagasen o, no los bancos, iría a parar al fondo del barranco...

—Desde luego hace falta tener hígados de fiera para planear una cosa semejante —se admiró una vez más Eddie Bunter—. ¿No te parece, Malcom?

Éste encogió los hombros. Ya lo habían comentado varias veces, y, puesto que al fin y al cabo ellos iban a salir beneficiados con el plan final, ¿a qué preocuparse? Estaban escondidos en una pequeña gruta cerca de los pilares del puente. A menos de cincuenta metros estaba la carga de dinamita, ya colocada. En caso de alarma todo lo que tenían que hacer era prender fuego a la mecha, y en menos de medio minuto ésta llevaría el fuego a la carga de dinamita y...

—¿Por qué le das tantas vueltas? —replicó Malcom, tras breve reflexión—. Desde el primer momento nos dijeron lo que habría que hacer, y lo aceptamos, ¿no es así?

—Sí, pero ¡coño!, es una salvajada. Y una traición cochina a los que nos están ayudando.

—Bueno, pues ve a decirles que cuando les digan que suban todos al tren que se nieguen.

—Muy gracioso.

Malcom Orwell volvió a encoger los hombros. ¿Pues qué? ¿Acaso las cosas de la vida no eran una asquerosidad? Como la que se habían inventado los Lowentall, todo lo del tren, pero con aquel final horrible: en cuanto Peter Codeman tuviera el dinero en Wichita Falls, se lo entregaría a ellos en Vernon, y seguirían con los caballos y víveres hasta el tren. Aquí, les dirían a todos los que habían intervenido en el asalto que éste había sido un éxito, y que el tren debía ser puesto en marcha para terminar de cruzar el puente, y acto seguido los asaltantes lo abandonarían para pasar a los caballos y cruzar cabalgándola frontera con Oklahoma...

Pero... ¿qué pasaría en realidad? Pues pasaría que en cuanto todos los hombres que habían intervenido en el asalto estuvieran en el tren, ellos dos, Orwell y Bunter, debían hacer explotar la dinamita, con lo que el tren con todos los pasajeros y los pistoleros se estrellaría en el fondo del barranco. Luego, ellos dos y Peter Codeman debían regresar a Vernon, donde Lowentall les daría su parte, y... aquí no ha pasado nada, señores.

O casi nada.

Trescientas personas asesinadas en masa por obra y gracia de la perversidad criminal de los Lowentall...

—Y si quieres que te diga la verdad —insistió Bunter tras varios minutos de silencio—, me pregunto si Lowentall no nos tendrá preparado algo también para nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, él puede matarnos a Codeman y a nosotros dos, y así ni tiene que repartir ni preocuparse nunca por nosotros.

Esto sí que dio que pensar a Malcom Orwell, que finalmente gruñó:

—Ese tipo no tiene agallas para una cosa semejante.

—¿Y para cargarse a trescientas personas sí?

—¡Maldita sea...! ¿Qué te propones?

—Simplemente se me está ocurriendo que no debemos fiarnos en absoluto de Lowentall. Solamente nosotros dos y Codeman sabemos que él es quien lo ha planeado todo y quien se va a quedar con el dinero... ¡Y menudo golpe, todo el dinero de Wichita Falls! Hasta yo me estoy preguntando por qué tenemos que repartirlo con Codeman... y con Lowentall.

Se hizo un silencio. Al interior de la cueva llegaba un leve resplandor procedente de los vagones del tren, que estaban no menos de veinticinco metros por encima de ellos. Al principio habían estado contemplando el tren, allá arriba, inmóvil sobre el viejo puente, pero habían terminado por aburrirse.

—Quizá te estás pasando de listo —susurró Orvell.

—¿Tú crees?

De nuevo quedaron en silencio. El gusano de la ambición comenzó a devorar la mente de Malcom Orwell. Pues no era mala la idea de Bunter, no, pero se le ocurrió de pronto que era imposible que Lowentall no hubiese previsto una cosa así, es decir, que ellos tuvieran la idea de quedarse con todo. ¡Claro que Lowentall debía tener previsto esto! Y quizá Bunter tuviese razón, quizá, para evitarlo, simplemente él tomaría la iniciativa, eliminándolos...

Orwell sabía que nadie podía verlos allí dentro, de modo que sacó un cigarro, le mordió la punta, y lo encendió. Y justo entonces, cuando estaba con la cerilla ante el rostro y en el momento en que alzaba los ojos, vio algo reluciente y veloz en alguna parte.

Ni llegó a enterarse de lo que era, el cuchillo se clavó con blando chasquido siniestro en su garganta, y la reacción de Malcom Orwell fue en verdad curiosa: escupió el cigarro recién encendido, sacudió la mano que sostenía la cerilla, y se puso de rodillas de un salto, llevando ambas manos al mango del cuchillo, mientras sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

En la casi oscuridad completa de la gruta de reducidas dimensiones, Eddie Bunter notó algo extraño, por supuesto. Pero todo sucedió tan rápido que

apenas llegó a tiempo de asimilar la idea de que había visto el reflejo de un cuchillo, que a Orwell se había movido bruscamente escupiendo el cigarro, y que de su boca había brotado una especie de ronquido blando y débil.

En el momento en que se proponía conscientemente reaccionar, hacer algo, la sombra entró velozmente en la gruta. Bunter la vio, lanzó una exclamación, se colocó de costado para llegar más fácilmente con la mano derecha al revólver que llevaba en ese lado..., y la sombra cayó sobre él. Unos dedos de acero sujetaron su muñeca derecha, y, al mismo tiempo, Bunter tenía la sensación de que dentro de su estómago estallaba una bomba, tal fue el golpe que recibió y que resonó y se expandió dolorosamente en su interior.

Ni siquiera supo cómo se las arregló para, estando caído de lado, soltar un rodillazo tremendo. Oyó el bufido de intenso dolor, dio un tirón para soltarse, y al mismo tiempo lanzaba otro rodillazo. De nuevo oyó el quejido de dolor, pero no lograba soltar su mano derecha... Decidió utilizar la izquierda cruzándola ante el vientre para desenfundar, y entonces vio de nuevo en alguna parte el brillo del acero.

El impacto le alcanzó, fortísimo y helado, en el centro del pecho... Demasiado tarde, Bunter comprendió que si perdía aquella pelea alguien se iba a quedar dueño de la situación sin que sus compañeros de asalto se enterasen de lo que estaba ocurriendo. Entonces, como último recurso, quiso gritar.

Una mano enorme le tapó la boca. La mordió, oyó de nuevo una exclamación de dolor, de nuevo quiso gritar..., y el acero se hundió con salvaje impacto en su vientre. Fue como si en su cuerpo penetrase un relámpago de hielo. Sintió, de modo sorprendente, un enorme alivio cuando el acero fue retirado..., pero se estremeció de nuevo, y ahora más fuertemente, cuando otra vez se hundió en su cuerpo.

Ahora ya vagamente Eddie Bunter oía el pesado jadeo en alguna parte cerca de él, pero todo lo demás ya no lo sentía, ni se acordaba de intentar sacar su revólver, ni de gritar... Estaba como... como envuelto en algodón helado, se sentía agarrotado, le zumbaban los oídos...

En realidad, el siguiente tajo ya ni era necesario, porque Bunter estaba prácticamente muerto cuando lo recibió. Sin embargo, fue el más eficaz y brutal de todos: el acero le llegó por debajo de, su mandíbula izquierda, cerca de la oreja se hundió allí, y describió un arco lleno de salpicaduras de sangre y de chirriante sonido de carne desgarrada... La hoja de acero salió del cuello de Eddie Bunter por el otro lado, por debajo de la oreja, y el forajido, ya sin emitir ni siquiera un suspiro, se desplomó hacia atrás.

En la semioscuridad de la gruta destacó el brillo de sus ojos, respirando entrecortadamente. Había recibido el rodillazo justo en la herida de cuchillo que le infiriera Codeman, y sabía que estaba sangrando de nuevo profusamente. Sentía escalofríos, y se le nublaba la vista...

«No puedo detenerme ahora —pensó, con increíble lucidez—. Tengo que terminar esto».

Giró en el duro suelo, se puso de rodillas, y gateó hacia la salida de la gruta, a la que había llegado tomando tantas precauciones que ni un puma le habría oído. Pero el esfuerzo la tensión, habían sido excesivos, y ahora sólo le faltaba aquel rodillazo... Aspiró aire profundamente..., y su mirada quedó fija en el tren, allá arriba, con casi trescientas personas.

—La puta que os parió —jadeó.

Regresó a gatas al interior de la gruta, localizó las armas de Orwell y Bunter, y cargó con ellas. Tenía ahora tres revólveres y dos rifles. Pero quedaba una parte realmente difícil: había cortado la mecha de la carga de dinamita antes de atacar a los dos hombres encargados de ella, pero la carga continuaba en el mismo sitio, allá abajo, en la base de uno de los pilares, y si alguien disparaba y le acertaba era seguro que explotaría y que el puente se vendría abajo llevándose consigo el tren.

En definitiva: tenía que llegar adonde estaba la carga de dinamita, retirarla de allí, y colocarla en algún lugar donde estuviese a salvo de cualquier impacto de bala... En el río. Tenía que retirarla de su sitio y lanzarla al agua en algún remanso donde además hubiera rocas.

Tenía que hacerlo.

Salió de la gruta, y de nuevo temió que pudieran verlo al resplandor de las luces del tren. Se sentía dolorido y sobre todo maravillado de que le hubiera salido bien aquella primera parte, la más comprometida, es decir, la de anular la posible explosión de la dinamita. Lo demás podía resultar sangriento, causar víctimas, sin duda..., pero el tren ya no caería al rocoso lecho del río. Ya no. Al menos eso.

Mientras descendía por entre las peñas en busca de la carga de dinamita oyó, por encima de él, voces de hombres, y alguna risa bronca. En una de las plataformas del tren, casi treinta metros por encima suyo, vio la brasa de un cigarro o cigarrillo.

«Estoy sudando y sangrando como una bestia —pensó—. Y me da vueltas la cabeza. No voy a poder hacerlo. Debo haber perdido mucha sangre...».

Había contado bien los pilares, siguiendo las explicaciones que le diera Lowentall, de modo que tenía que estar muy cerca de...

—Señor Nash.

Uriah soltó tal respingo que se atragantó como nunca en su vida, y comenzó a toser. Para ahogar la tos tuvo que tenderse completamente boca abajo y taparse la boca con ambas manos, es decir, sofocándose peligrosamente.

—Señor Nash... ¿Se encuentra bien? —insistió la voz de Rebecca Mac Intire.

La oyó acercarse, pero permaneció inmóvil, reteniendo como podía la tos. Por fin, pudo verla, tendida a su lado, relucientes sus ojos como si dentro de cada uno tuviera un diminuto tren con los quinqués encendidos.

—¿Está bien, señor Nash...?

—La madre que... —jadeó Nash—. ¡Pero qué demonios...!

—Dejé al señor Lowentall a buen recaudo y he regresado por si necesita ayuda.

—¡No necesito...!

—Ssst. ¡Le pueden oír los de arriba!

—¡Váyase al infierno!

—Creí que me iba a enviar a un pajar. He traído las últimas vendas que me quedaban y unos trozos de manta, para vendarlo, porque estoy segura de que está perdiendo sangre de nuevo. Con tantas vendas se parecerá usted a Floyd, el herrero, que pesa más de ciento cuarenta kilos.

—Usted está loca —se asomó una vez más Uriah—. ¡Cielos, está completamente loca!

—Al final conseguirá que le oigan. Sé que por aquí abajo no hay ninguno, pues escuché las explicaciones del señor Lowentall, pero en la noche, y en sitios como éste, las voces se oyen a mucha distancia.

—¡Pues cállese!

Rebecca Mac Intire se calló. Uriah Nash ni se lo creía. ¡Por todos los demonios, de nuevo la tenía allí...! ¿Qué pretendía aquella chiflada? ¿Tal vez demostrarle algo? La tuvo junto a él enseguida, y, sin más explicaciones, Rebecca procedió a colocarle más vendas sobre las anteriores, formando otra capa en su intento de contener al máximo la sangre. Uriah se relajó un momento y, de repente, tuvo la sensación de que la cabeza le daba un millón de vueltas y salía disparada hacia las estrellas. No supo cuánto tiempo duró aquella sensación de sueño-muerte. Era tan extraña... Se sentía bien, incluso diría que formidablemente, pero no conseguía moverse, ni salir de aquella zona de total oscuridad que además era fría...

Ah, sí, se estaba muy bien allí, en aquella zona de insólita calma. Y se tenían sueños hermosos. Soñó, velozmente, que la señorita Mac Intire le abrazaba contra su pecho, cuya fragancia aspiró, y oyó su voz muy queda junto a su oído:

—Uriah... Uriah, despierta... Tienes que aguantar... Tienes que terminar lo del tren, y en cuanto puedas llevarme a un pajar... Vamos, Uriah, no te des por vencido ahora... Recuerda el tren. Y el pajar conmigo... Tienes que meterme un polvo que se me revienten las carnes de gusto... ¡Uriah, tienes que hacerlo!

El *sheriff* de Wichita Falls se dio cuenta de repente de que había abierto los ojos. Es decir, que los había tenido cerrados. ¿Se había desmayado? ¿Había estado soñando que ella estaba allí y que...?

—¿Cree que podrá moverse?

Movió la cabeza, y la vio. Ella estaba allí, acuclillada junto a él, mirándole. La luz del tren parecía caer sobre su cabeza, dándole un tono de oro viejo.

—No lo sé —susurró Uriah Nash—. Me he desmayado ¿verdad?

—Claro que no —rechazó ella—. Es usted muy fuerte. Pero si se detiene ya no podrá seguir. Déjeme ayudarle, y entre los dos lo conseguiremos... Y no sea cabezota: ni con ayuda ni sin ayuda nadie habría hecho lo que usted... Y además, si adopta una actitud orgullosa podría causar la muerte de trescientas personas, ya lo sabe.

—Sí... Es cierto. Está bien, ayúdeme...

* * *

—Ni el mismísimo Dios podría ayudar a esta gente —dijo Chester—. Y es que cuando las cosas se hacen bien, pues se hacen bien. ¿Verdad, vosotros?

Los dos encargados de la locomotora, que yacían tendidos en el suelo y atados de pies y manos, no se molestaron en contestar. Llevaban así varias horas, a merced de aquellos tres facinerosos de mala catadura, que parecían estar divirtiéndose. Se habían instalado en la locomotora con algunas botellas de *whisky*, lo que a los dos maquinistas les había hecho concebir esperanzas. Tal vez aquellos tipos terminasen por emborracharse, con lo que ellos tendrían la oportunidad de soltarse el uno al otro e intentar algo positivo... Pero nada de eso. Los sujetos aquellos bebían, pero no demasiado; y, además, parecían capaces de beberse todo el *whisky* del mundo y quedarse como si tal cosa...

—Están acojonados —dijo Trask—. ¿Verdad tú, Lyn, que están acojonados?

—¡Huy! —dijo Lyn, que tenía barba de varios días y una habilidad especial para eructar con hedor a *whisky*—. ¡Huy, si están acojonados...! Más que mi suegra el día que le dije...

Mientras se disponía a contar la anécdota, el llamado Lyn, riendo, alzó la mirada hacia el estrellado cielo, y entonces lo vio. Se quedó atónito, sin comprender. Estaba viendo sobresaliendo del borde del techado de la locomotora, el pálido rostro de un hombre, y junto a él un revólver. Tan atónito estaba que ni siquiera se asustó.

Tuvo suerte: murió en paz, dispuesto a la risa. Cuando Uriah Nash apretó el gatillo de su revólver, Lyn todavía estaba pensando en la divertida anécdota. Recibió el balazo en el centro de la frente, y fue derribado brutalmente contra la portezuela del fogón de la locomotora, donde rebotó como una masa que jamás hubiera tenido vida.

Chester ni siquiera supo de qué iba el asunto. Estaba mirando a Lyn, le vio morir con aquel reventón de sangre y masa encefálica en la frente, y comenzó a mover la cabeza en busca del origen de lo que fuese que estuviera ocurriendo. El balazo le acertó de lleno en el corazón, y Chester giró, pareció que fuese a asomarse por un lado de la locomotora, y, simplemente, cayó fuera de ésta, muerto y olvidado.

Tras sí tuvo tiempo de hacerse cargo de la situación, de lanzar una maldición horripilante, y hasta de llevar la mano a su revólver... E incluso llegó a tocar la culata. Entonces recibió en pleno estómago la tercera bala disparada por Uriah Nash, lanzó un aullido escalofriante, y cayó de rodillas, terminando de desenfundar el revólver. Su aullido de dolor hizo un cambio en verdad notable, convirtiéndose en uno de furia infinita, mientras sus ojos se volvían, alzándose, hacia donde había visto aquel rostro...

¡Pack!, disparó de nuevo Uriah Nash.

El ojo derecho de Trask reventó, y talmente pareció que fuera a convertirse en un rojo surtidor interminable mientras el forajido efectuaba un grotesco salto hacia atrás que lo lanzó fuera de la máquina. Casi al mismo tiempo, Uriah se descolgaba al interior de la mitad descubierta de la locomotora, y de un tajo liberaba las manos de uno de los maquinistas, que lo reconoció de pronto.

—¡*Sheriff!* —jadeó—. ¡Pero cómo...!

Uriah le entregó el cuchillo, cerró los ojos, y cayó de bruces... El maquinista parecía no saber qué hacer. Pero ya hacía segundos que se oían

gritos y algunos disparos, y reaccionó rápidamente, terminando de cortar sus ligaduras y haciendo lo mismo con las de su compañero. La cabeza de, Uriah se alzó unos centímetros...

—El... tren —alentó—. Saquen... el tren... del puente...

La caldera de la locomotora se había mantenido alimentada por orden de los tres forajidos, que habían previsto una noche: fría y naturalmente tuvieron la idea de conseguir calor de modo tan lógico. Los dos maquinistas se miraron, y en el acto comenzaron a maniobrar para poner en marcha el tren. Se oían disparos de rifle y más gritos. Uno de los maquinistas hizo sonar el silbato.

Uriah giró, abrió como pudo los ojos, y vio, asomándose por donde poco antes lo había hecho él, el crispado rostro de un sujeto de mala catadura que tenía un rifle. Simplemente, alzó el revólver y disparó. El hombre desapareció, pero reapareció enseguida a cuerpo entero, y cayó de cabeza a los pies de Uriah. El tren volvió a silbar.

—¡Apuesto a que ahora están escapando como conejos, esos hijos de...! —aulló uno de los maquinistas—. ¡Han estado metiéndose con todo el mundo en el tren mientras sus tres amigos nos tenían a nosotros y podían hundir el tren, pero ahora...! ¡Los pasajeros los van a hacer pedazos si no escapan!

Seguían oyéndose disparos. Algunos pistoleros habían saltado del tren, volviéndose y disparando, pero enseguida parecían barridos por un vendaval al ser alcanzados por numerosos disparos procedentes del interior de los vagones. Disparos, histeria, pólvora quemada, muertes... La locomotora comenzó a desplazarse lanzando tremendos chorros de vapor y rugiendo con tal fuerza que ahogó los ruidos de los disparos, los gritos de histeria... Lentamente, el tren abandonó el puente, reemprendiendo la marcha hacia Vernon, hacia su destino final, Wichita Falls.

En otro momento, más adelante, Uriah Nash se enteraría de que los dos pistoleros que se habían quedado en la estafeta de Telégrafos de Wichita Falls fueron cazados a balazos. Se enteraría de que entre los pasajeros solamente hubo algunos heridos, de que de catorce asaltantes del tren sólo dos consiguieron escapar, cayendo los demás muertos a balazos o en manos de su colega Rossen, que no se había alejado demasiado de la zona... Se enteraría de todo y de que todo había terminado tan bien como nadie habría podido jamás imaginar.

Pero en aquel momento, al *sheriff* Uriah Nash sólo se le ocurrió una cosa, y entonces se echó a reír, tendido en el suelo de la locomotora y lleno de sangre por todas partes.

—¡Ahora sí...! —exclamó—. ¡Ahora sí que se ha quedado en tierra, no ha podido tomar el tren...!

El *sheriff* de Wichita Falls perdió el conocimiento.

ESTE ES EL FINAL

—Muchacho, usted no está en sus cabales —le dijo el médico de Vernon—. ¡Debería quedarse aquí guardando cama!

—Tal vez —dijo Uriah Nash— pero éste es el tren de Wichita Falls, y va a salir hacia Wichita Falls, ya atendidos los heridos y resueltos todos los problemas, y yo voy a Wichita Falls. Es muy simple, ¿no?

—No insista, doctor —dijo Rebecca Mac Intire—: es tan cabezota que hará el viaje.

—No bajo mi responsabilidad —advirtió el médico—. Está amaneciendo, y el tren puede partir, es cierto. Cuando llegue a Wichita Falls lo hará a una hora insólita, y apuesto a que les espera a todos un recibimiento apoteósico. ¡Pero este hombre debería quedarse aquí!

—Pues me voy —aseguró Uriah—. Ya tendré tiempo de descansar en Wichita Falls. Bueno, a fin de cuentas es lo que siempre hago yo allá: descansar, no hacer nada...

—¡Nunca pensé eso de usted! —exclamó Rebecca—. ¡Es usted quién está diciéndolo todo al respecto! ¡Yo simplemente no le miraba porque usted nunca me miraba a mí!

—Si usted me hubiese mirado a mí se habría dado cuenta de que sí la miraba —gruñó Uriah—. ¡Vaya si la miraba!

—¡Pues debía hacerlo a escondidas!

—Oigan —dijo el médico—, no es por nada, pero si quieren tomar el tren de Wichita Falls no pueden perder el tiempo discutiendo. Va a salir dentro de unos minutos. Y si insisten en marchar puedo llevarles en mi calesa.

—Claro que nos vamos —gruñó Uriah—. Es decir, yo me voy.

Bien atendido, bien vendado, con unas pocas horas de descanso, el *sheriff* Nash se sentía perfectamente capaz de algo tan sencillo como recorrer cincuenta millas en tren, así que, sin más consideraciones, se fue hacia la estación, en el carricoche del médico de Vernon, con la señorita Mac Intire a su lado. Apenas veinte minutos más tarde, con gran estruendo de silbatos, rugidos, y vítores de la multitud, el tren reanudaba su viaje que terminaría,

como siempre, en Wichita Falls. Desde la plataforma de uno de los vagones, Uriah Nash, aguantando a pie firme, contemplaba la estación que iba quedando atrás... De pronto miró a Rebecca, que permanecía a su lado, y masculló:

—Claro que la miraba a escondidas. Prefería eso a ver su mirada orgullosa. Porque sépalo, usted sólo ha sido humana en un sueño que tuve anoche cuando me desmayé, y dijo... Bueno, dijo algo que jamás diría en la realidad.

—¿Qué teníamos que ir a un pajar, por ejemplo?

—¿Cómo sabe que soñé eso? —exclamó el *sheriff* de Wichita Falls.

—Oh, Dios mío, ¿será posible? —casi sollozó Rebecca Mac Intire—. ¡No he podido dejar de pensar en ti desde que apareciste en Wichita Falls, me volví loca de amor en cuanto te vi, me he pasado más de un año sufriendo porque ni parecías verme..., y cuándo te digo que me gustaría ir a un pajar contigo me dices que lo has soñado!

Cuando el tren llegó a Wichita Falls, Uriah y la señorita Mac Intire todavía estaban besándose.

—FIN—